

1^{ra}

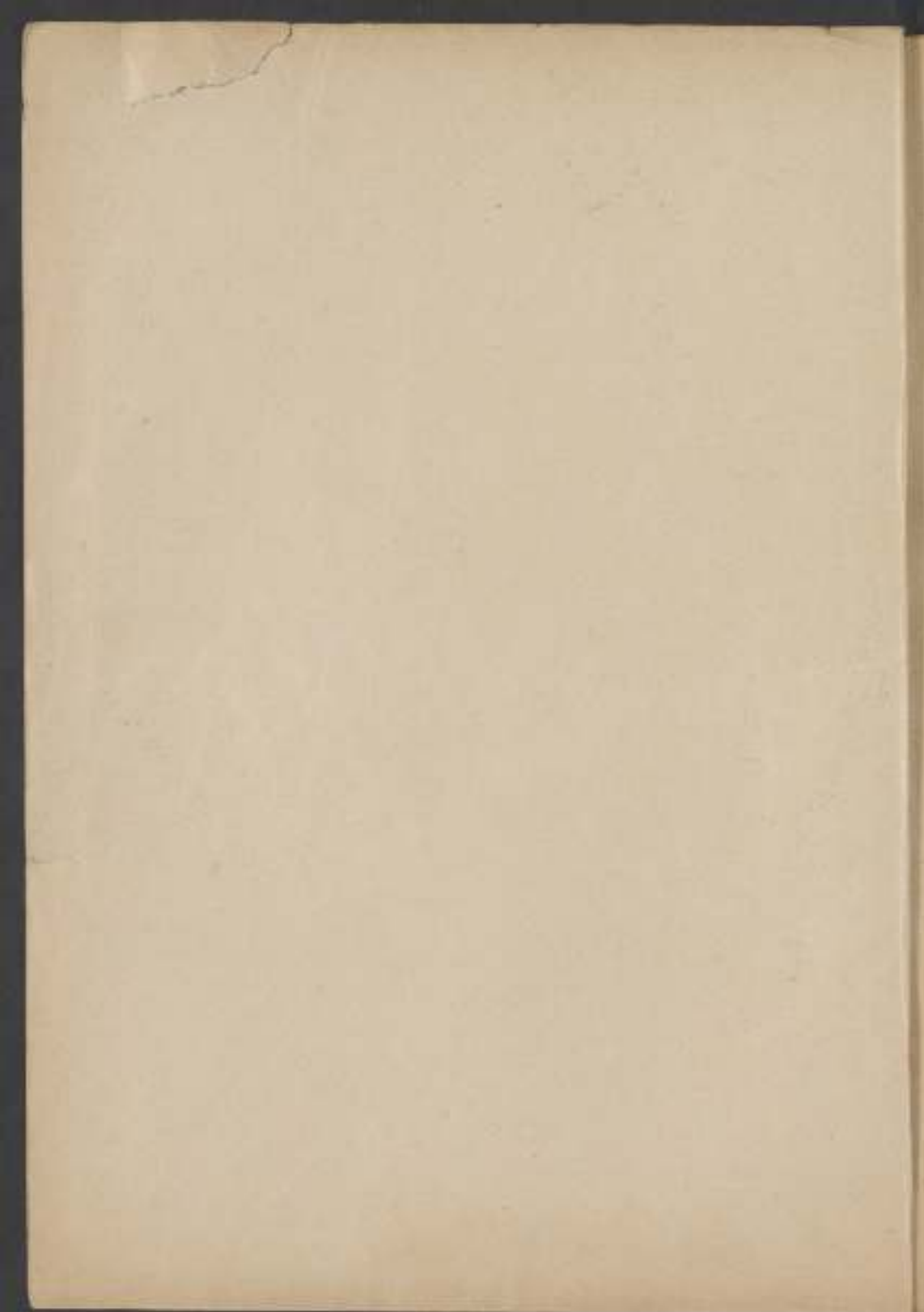
MARIA
FERNANDA
LADRON DE
GUEVARA

ROSITA DIAZ
DE GIMENO

RAFAEL
RIVELLES

EL HOMBRE QUE SE REÍA DEL AMOR

EDICIONES
BISTAGNE



EL HOMBRE QUE SE REIA DEL AMOR

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

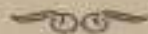
Ediciones BISTAGNE - Pasaje de la Paz, 10 bis - Tel. 18551 - BARCELONA

El hombre que se reía del amor

Superproducción nacional, hablada y cantada en español, basada
en la novela del mismo título del popular escritor
PEDRO MATA

Dirigida por
BENITO PEROJO

Producción STAR - FILM



Exclusiva de
SUPER FILM
Diputación, 199
BARCELONA



Argumento narrado por Ediciones Bistagne

INTERPRETES PRINCIPALES:

MARIA FERNANDA LADRON DE GUEVARA

Rosita Díaz Gimeno

Antoñita Colomer

RAFAEL RIVELLES

Gabriel Algara

Ricardo Nuñez

Julio Roos

José Rivero

PROLOGO

El "hombre que se reía del amor" es tal vez la mejor película hecha por elementos exclusivamente españoles. Los motivos de esta superioridad son diversos. En primer lugar, tenemos un asunto de Pedro Mata, el novelista de los grandes éxitos, cuyas obras, llenas de pasión y de vida, tantos y tan entusiastas adeptos le han conquistado. Otra de las causas del éxito es la labor que en el film realizan sus tres personajes principales: la pareja Ladrón de Guevara-Rivelles y Rosita Díaz. María Fernanda Ladrón

de Guevara es en este film la artista de siempre, bella y distinguida, de una belleza original e interesante, de dicción fácil, segura y envolvente, de gesto arrogante y majestuoso. Rafael Rivelles es un actor de pies a cabeza que sabe dar vida al tipo de Juan Herrero, sumamente difícil dentro de su aparente sencillez. Rosita Díaz Gimeno nos demuestra en esta película dos cosas que dicen mucho en su favor: la primera, que tiene excelentes condiciones para ser una de las mejores artistas europeas de la

pantalla; la segunda, que es una preciosidad.

La dirección de Benito Perojo se mantiene siempre en ese tono de naturalidad, de sobriedad, que suele distinguir a las creaciones de los artistas de talento.

Si añadimos a esto dos números de música que están llamados a propagarse rápidamente, ¿cómo dudar de que "El hombre que se reía del amor" es una excelente película?

Buen comienzo ha tenido la empresa española Star-Film. No cabe duda de que se puede esperar mucho de quien con paso tan seguro y firme inicia el ascenso a los arduos y delicados menesteres de la producción cinematográfica.

Muy bien las vistas en los continuos cambios de fondos a que obliga la índole de la fábula, cuyo protagonista viaja constantemente. Y con esto queda vencido uno de los principales inconvenientes que se presentaban a la impresión de pe-

lículas en España: la falta de un "cameraman" que, además de un buen fotógrafo, fuera un buen artista.

En la excursión al Vesubio que realiza la pareja protagonista, operador y director tienen ocasión de lucirse combinando las escenas con las vistas de un modo ágil e inteligente. Lo mismo ocurre en otros momentos del film en que la cámara recoge de modo certero impresiones panorámicas para terminar dirigiendo el objetivo al escenario donde, con naturalidad y sencillez, se reanuda el interrumpido hilo de la trama.

Todo esto hace agradable la película. El asunto, lleno de vida, digno hijo de la mano creadora de Pedro Mata, se encarga de hacerla interesante.

El cine español está de enhorabuena. En su horizonte hay fulgores de esperanza.

El hombre que se reía del amor

AROLAMENTO DE LA PELÍCULA

I

Sonó el timbre del teléfono. Acudió el criado. Al oír una voz de mujer no esperó a que la comunicante terminara de hablar.

- El señor Herrero no está.
- ¿Cuándo estará?
- No puedo precisarlo, señorita.
- ¡Qué fastidio!

En seguida, otra llamada. Otra voz de mujer. La misma respuesta del criado.

- El señor Herrero no está.
- No lo creo.
- Señorita...
- Siempre dice usted lo mismo.
- Le aseguro...

—No me asegure nada y dígame el señor Herrero que quiero verle esta noche, sin falta. ¿Lo oye usted? Sin falta.

Diez minutos después, otra llamada, y otra cuando aún no habían pasado cinco minutos.

Esta vez la comunicante no se conformó. Insistía, amenazaba. Era la francesa. Esta francesita llevaba de cabeza al criado. Era vehemente y obstinada.

En vano procuraba el doméstico dar a sus palabras un tono de sinceridad. La francesita se mostraba cada vez más incrédula y cada vez más vehemente.

Entonces se dió cuenta el servidor de que su amo estaba en el umbral de la puerta que conducía a sus habitaciones más íntimas.

Juan Herrero había acudido a escuchar la conversación telefónica, atraído por las palabras torpes y angustiadadas del criado. Era un hombre joven, de aspecto distinguido y simpático. Se llamaba Juan y hacía honor a su nombre.

El fámulo, al advertir su presencia, cubrió el transmisor con la mano.

—Es la francesa, señor. No hay medio de convencerla.

Herrero avanzó hasta el teléfono y tomó el auricular con un gesto de resignación, como el matador de toros que no quiere poner banderillas y el público se lo exige.

—¡Hola, rica!

Y entonces ocurrió lo que Herrero menos esperaba.

Una voz de mujer, pero no por el aparato, sino desde la puerta, contestó:

—¡Hola!

Herrero se volvió.

La joven que acababa de entrar era una de sus últimas aventuras.

Hubiera colgado el transmisor, pero como la francesita se mostraba excitadísima, comprendió que se exponía a cualquier contratiempo si cortaba la comunicación.

Tuvo una idea genial. Dirigiéndose a la visitante, pero sin interceptar el transmisor, dijo amablemente:

—¡Cuánto me alegro de poder hablar contigo! Esta noche iré a verte.

La promesa sirvió para las dos y las dos preguntaron:

—¿De veras?

—¿Cómo puedes dudarlo? ¿No sabes que tú eres la única?

EL HOMBRE QUE SE REÍA DEL AMOR

Colgó el auricular, acompañó a la visitante hasta la puerta, donde la *obsequió* con un beso, y así se libró de las dos simultáneamente.

Después corrió a su cuarto.

—¡Me voy antes de que llamen las otras!

Se vistió rápidamente, pero sin que esta rapidez perjudicara lo más

mínimo a su maestría en el arte de componerse, y salió de la casa.

Ya le esperaba el auto.

—¡Al Continental Palace!—dijo al chofer.

Y una vez en el interior del coche, suspiró y se dijo con una sonrisa:

—¡Ahora que llamen si quieren!

II

Le esperaba Luis. El comedor estaba muy animado.

—¡Hola!—dijo Herrero, sentándose a la mesa, ocupada por su amigo.

—¡Hola!

—¿Alguna novedad?

—Sí.

—¿De qué se trata?

—De una mujer.

—¡Bah!

Y al gesto de indiferencia de He-

rrero replicó Luis con una sonrisa:

—Guarda los comentarios para cuando la veas.

Y añadió:

—¡Qué casualidad! Ahí viene.

Herrero, con un movimiento instintivo, volvió la cabeza. Un gesto de asombro y quedó paralizado, contemplándola. La dama era bellísima. Una rubia de porte majestuoso. Deslumbrante, magnífica en su soberbia elegancia.

Pero ¿era sólo esto lo que había producido el estupor que Herrero experimentaba? No. Era que, además...

—¿Dónde he visto yo a esta mujer?—se preguntó en voz alta.

Y fué enumerando las numerosas poblaciones que había visitado en los años últimos.

Pasaban los nombres por sus labios, formando una larga lista. ¿Dónde, dónde había visto él a aquella mujer que de tal modo quedó grabada en su memoria?

Y, de súbito, al pronunciar la palabra Lisboa, exclama:

—¡Sí, fué en Lisboa!

Y encontrado el primer eslabón de la cadena, la huella primera de la pista, recuerda que, después del encuentro de Lisboa, la vió en otra parte. Y recuerda también dónde fué.

La dama rubia, acompañada de un caballero de bastante más edad que ella, pero no viejo, ni mucho menos, entra en el comedor. El *maitre* les ha reservado una mesa. La ocupan. Herrero, con la expresión del hipnotizado, no aparta los ojos de la bella desconocida. Ya sabe dónde la ha visto, pero no sabe quién es.

¿Quién será? ¿Qué mujer es aquella que de tal modo, con tanta firmeza, se ha grabado en su memoria, tan frágil para todas las cuestiones de faldas?

Se ha acercado el camarero con la carta.

Herrero rechaza la cartulina.

—El menú, cualquier cosa, es lo mismo...

Y pregunta a Luis en voz alta:

—¿Quién es esa mujer?

—Me diste a entender que no te interesaba—responde el amigo con tonillo de burla.

—Es que, con ésta, son tres veces las que la he visto.

—¿Y no sabes quién es?

—Y no sé quién es. ¿Lo sabes tú?

—Todo lo que sé es que se llama Addy. Y que el caballero que la acompaña es norteamericano y se llama mister Whist.

—¿Su marido?

—No. Su amante.

Una pausa. Herrero mira a la rubia. Ahora tiene también una ojeada para el amante. Y se da cuenta en seguida de que mister Whist, más que un hombre afortunado, es una víctima de la atrac-

EL HOMBRE QUE SE REÍA DEL AMOR

ción, de la fascinación que ejerce la soberbia rubia.

—¿Sabes algo más?

—No.

Y tras un nuevo silencio, durante el cual Herrero contempla absorto a la rubia, adopta esta determinación irrevocable:

—¡Necesito hablar con esa mujer!

—¡Bravo!

—Necesito hablar con esa mujer y tú te encargarás de presentármela.

—¡Yo!

—Sí, tú.

—Pero, ¿cómo?

—Eso es cuenta tuya.

—¡Hombre, hombre!

—¿No me has dicho mil veces que eres un buen amigo mío?

—Y lo repito.

—Pues ahora tienes ocasión de probármelo.

—¡Es que el encarguito se las trae!

Pero Herrero ha dicho todo lo que tenía que decir.

Y aunque no ha almorzado todavía, da el almuerzo por terminado.

Luis pierde también el apetito.

—¡Es un señor encarguito! —se dice una y otra vez.

III

A la mañana siguiente se presentó Luis en casa de Herrero.

Se mostraba muy agitado.

—¿Me traes noticias?—preguntó el preocupado donjuán.

—Grandes noticias—repuso Luis jadeante.

—¡Caramba, hombre! ¡Cuéntame!

—Antes dame un poco de agua.

—Agua — ordenó Herrero al criado.

—Y si tienes *whisky* — corrigió Luis —, mejor.

—*Whisky* — transmitió Herrero al servidor.

Luis se dejó caer en un sillón.

—¡Habla!—le apremió Herrero.

—Espera, hombre, espera.

Llegó el *whisky*. Mientras se servía, Luis comenzó a explicar:

—Addy ha desaparecido.

—¿Qué dices?

—Lo que oyes.

—Pero... ¿con mister Whist?

—No.

—¿Sola?

—Sí.

—¿Adónde ha ido?

—Espera, hombre, espera.

Empezó a beber. Herrero, impaciente y nervioso, no le dejó terminar.

—¿Adónde?—insistió, quitándole el vaso.

—A Roma.

—¿Por qué?

—¿No lo sabe mister Whist y quieres que lo sepa yo?

Herrero quedó un momento pensativo.

EL HOMBRE QUE SE REÍA DEL AMOR

—¿Quién será esa mujer? — se preguntó una vez más.

Y, de súbito, decidió:

—¡Prepárate para acompañarme a Roma!

—¿A Roma? ¡A mi no me compliques!

—Tú vienes conmigo a Roma y ahora mismo.

—¡Hombre!

—Si no me acompañas te retiro la amistad.

—¡No hay derecho!

—Que preparen el auto. Llégate al garage y díselo al chofer.

Luis renunció a seguir protestando. Estaba visto que era inútil. Se encogió de hombros con un gesto de resignación y bajó al garage.

* * *

Conducido por la mano experta de Herrero, el auto llegó a Roma.

Otra vez, ante los ojos del viajero infatigable, peregrino sempiterno, pero no de háculo y sandalias, sino de coches camas y grandes hoteles, desfiló la magnificencia de la ciudad Santa, cuajada de monumentos y de evocaciones.

Se alojaron en uno de los hoteles de primer orden.

¿Dónde estaría Addy? Esta era la pregunta que llenaba el pensamiento de Herrero desde que el auto irrumpiera en las calles de Roma.

Y esta era la pregunta que se hacía ahora, mientras, sentado a la puerta del jardín del hotel, se empeñaba en vano en absorberse en la lectura de un periódico.

—¿Dónde estará Addy?

Y comprendiendo que era inútil tratar de pensar en otra cosa, plegó el periódico y lo dejó sobre el velador.

Pero su acción quedó paralizada por lo que acababa de ver, y una mezcla de sorpresa y de alegría desorbitó sus ojos.

Allí, en la puerta, agitado el elegante vestido de colores claros y

alegres por el constante girar de las hojas giratorias, cubierta por un ancho sombrero estival, estaba Addy.

Ella le miró también un momento. Se hubiera dicho que experimentaba la misma sorpresa que el sorprendido Herrero. Habíase detenido un instante en el momento en que su pie avanzaba para bajar el primer escalón de la gradería del pórtico. Pero fué tan rápida, fué tan fugaz aquella mirada y aquel gesto, que Herrero desechó en seguida la esperanza de que su presencia hubiera impresionado lo más mínimo a la hermosa rubia.

Ella echó a andar a través del jardín y no se detuvo hasta haber

llegado al barandal de piedra que ponía límite a uno de sus lados.

Una vez allí reclinó su cuerpo sobre la baranda y permaneció absorta, subyugada en la contemplación de la hermosa vista que se ofrecía a sus ojos magníficos, más claros y magníficos ahora que se reflejaba en ellos toda la pureza del cielo azul.

Herrero se fué aproximando poco a poco. Él, tan decidido siempre en trances parecidos, se mostraba ahora vacilante y hasta turbado.

Y mientras se acercaba, en su pensamiento, como una mariposa deslumbrada, giraba incesantemente esta pregunta:

—¿Quién será esta mujer?

IV

Fumaba, no porque le apetecía, sino para disimular su nerviosismo.

Se fué acercando, acercando y se apoyó también en la baranda.

De reojo, miraba a Addy. Ella ni siquiera parecía haberse dado cuenta de su vecindad. Seguía contemplando el espléndido panorama.

—¿Quién será esta mujer, tan bella y tan fría?—se preguntó por milésima vez Herrero.

Y entonces ocurrió algo inaudito. Addy, sin un movimiento, sin apartar la mirada de las lejanas bellezas, en cuya contemplación parecía absorta, sin darle importancia a la pregunta y con el tono más natural del mundo, preguntó:

—¿Verdad, señor Herrero, que esta vista de Roma es uno de los panoramas más hermosos del mundo?

Tan enorme fué la sorpresa de Herrero, que se quedó petrificado, mirándola, sin saber qué decir y acaso sin fuerzas para mover los labios.

Como extrañada por aquel silencio, Addy fijó en él una mirada interrogadora.

—¿Por qué me mira usted así? —inquirió con una sonrisa que podía ser de amabilidad y podía ser de burla—. ¿Qué le sucede?

El tono llano y cordial animó a Herrero, que recobró su habitual aplomo.

—Lo que menos podía imaginarme era que conociera usted mi nombre.

—Lo oí en Lisboa a un chico del hotel que le andaba buscando para darle una carta.

—Tiene usted una memoria feliz.

—Felicísima.

Cerca había una mesa rodeada de sillones. Addy se había sentado en el brazo de uno de ellos.

—Permitame una pregunta. ¿Es usted casada?

—No. Soy viuda.

—Enviudaría usted muy joven.

—A los tres años de casarme.

—¿Y qué era su marido de usted?

—Rico.

—Bueno, pero ¿qué más?

—¿Le parece poco?

El no supo qué contestar. La franqueza de Addy era un poco desconcertante, incluso para él que tantos caracteres femeninos había tenido ocasión de estudiar y que con tantas mujeres sinceras había tenido que ver en esta vida.

—¿Me permite que la invite a una taza de té?

—Encantada.

Se sentaron. Siguieron hablando.

Y en aquella primera conversación, le confesó Addy cosas que para Herrero eran sumamente interesantes.

* * *

Tomaban café en la habitación de ella. Fué una concesión de Addy cuando Herrero lo solicitó con la excusa de huir del bullicio del comedor.

La conversación había derivado por cauces peligrosos.

—Usted no sabe, Addy — decía Herrero —, las ganas que tengo de hacer por usted algo muy grande.

—Eso que usted llama cosas grandes, no tiene importancia para mí. ¿A qué llama usted cosas grandes? ¿Tal vez a los obsequios valiosos? ¿A un automóvil, a una joya? ¡Bah, eso lo hace cualquiera que tenga dinero! Más que de la voluntad depende del bolsillo. En cambio, hay otras cosas pequeñas que me cautivan. En usted, por

ejemplo, he visto detalles sin trascendencia, que son los que me han hecho estimarle.

Herrero fumaba silenciosamente el cigarrillo que ella le había ofrecido de su linda pitillera de oro.

Pensaba sin duda acerca del temperamento extraordinario de aquella mujer, que le había confesado, como quien hace una revelación sin importancia, que sus amantes habían sido más de uno y que a todos los dejó de modo tan imprevisto como había dejado a mister Whist.

Preguntó de súbito Herrero:

—Dígame, Addy. ¿Se ha enamorado usted alguna vez?

—Nunca.

—¿Ni siquiera de su marido?

—De mi marido menos que de nadie.

—¿Acaso no cree usted en el amor?

—¡Vaya si creo! Creo más que usted. Lo que sucede es que tengo la franqueza de confesar que, por suerte o por desgracia, no he tenido ocasión de sentirlo todavía, y usted se engaña a sí mismo llamando amor a lo que está muy lejos de serlo.

—¿Y si yo le dijera que la quiero a usted?

—Yo le contestaría que eso no es cierto. No es que me quiere, sino que le gusta, que me desea. Eso es muy humano, muy natural, pero no es amor. Lo mismo se podría decir de mí si yo le correspondiera, cediendo a un momento de debilidad. Eso podría llamarse cualquier cosa menos amor.

—Es usted de un materialismo que decorazona.

—Soy más idealista que usted. Yo no practicaré el amor, pero tampoco lo envilezco.

Quedó Herrero absorto, acaso un poco confundido por los argumentos de Addy.

Addy tenía siempre algo imprevisto que decirle, como si se recreara viendo turbarse a una persona que tan ajena era a este estado de ánimo.

—¿Me quiere ofrecer otro cigarrillo, Addy?—demandó.

Ella no contestó. Se limitó a abrir la pitillera de oro y después, cuando él había tomado el cigarrillo y se lo había llevado a los labios, le dió fuego con el encendedor, otro objeto útil que, como la pitillera, parecía más bien de adorno.

Con un movimiento que a Addy

pareció muy natural, Herrero cogió su mano mientras encendía.

Pero después, cuando hubo encendido, no la soltó, sino que la retuvo con fuerza. Apagó la llama del encendedor y besó con deleite aquella mano.

Addy la retiró, riendo.

—Es usted un chiquillo.

Reía, tal vez con satisfacción. Se levantó.

—Es hora de que se vaya. Recuerde que mañana hemos de ir a visitar el Vesubio.

—¿Acaso le molesto?

—Nada de eso. Me es usted muy simpático.

—¿De veras?

—De veras.

Herrero se había levantado. Se había acercado a ella.

—¿Se enfadaría mucho si me atreviera a pedirle una cosa?—insinuó con cautela.

—Según qué cosa sea.

—Un beso. ¿Me permite usted que le dé un beso?

—Ya me los ha dado usted sin pedírmelos.

—Eso no son besos. Yo quiero decir un beso en la boca.

—En la boca, no—repuso vivamente.

—¿Por qué?

—Porque le estimo a usted demasiado. No dirá que no soy franca.

—¿Qué me importa su franqueza! ¿Lo que me importa es usted!

Ella le miró de un modo extraño.

—¿De veras me desea usted tanto?

—La deseo con locura.

—Pues entonces será suya. Le prometo con toda solemnidad que lo será.

—¿Cuándo?—preguntó Herrero, trémulo de vehemencia.

—Nada de plazos fijos. No lo sé. Puede ser mañana, puede ser dentro de un mes, o de dos, o de cuatro.

La esperanza que había iluminado el semblante de Herrero se había apagado y ahora, en su lugar, había un velo de tristeza.

Addy se echó a reír.

—No ponga usted esa cara tan triste. No desespere. Yo le prometo que todo llegará... ¡Ea! Déme usted un beso. Todo lo largo que usted quiera, pero uno nada más.

Volvió a resplandecer el semblante de Herrero. Sus brazos, con un movimiento rápido y anhelante se tendieron hacia el talle de Addy.

EL HOMBRE QUE SE REÍA DEL AMOR

Ella le cogió de las muñecas y apartó las ansiosas manos.

—No. Las manos quietas. Un beso nada más.

Le ofrecía los labios. Avanzó la cabeza de Herrero hasta que su boca tropezó con la de Addy. Comen-

zó el beso. Poco a poco, tal vez sin que él mismo se diera cuenta, los brazos de Herrero rodearon el cuerpo de Addy. Y Addy no se desprendió de ellos esta vez. Por el contrario, correspondió con un abrazo al abrazo de Herrero.

V

Dejaron el auto en el mismo hotel de Nápoles, donde se alojaron, y allí empezó la excursión al Vesubio.

Utilizando diferentes vehículos, llegaron al gran volcán. De una caseta salió un hombre que se les ofreció como guía. Lo aceptaron.

Comenzó el ascenso por el terreno irregular, duro y abrupto. Herrero sólo se preocupaba de Addy. Constantemente tenía que ayudarla a salvar los mil accidentes del camino.

Se empezaba a oír el ruido de la erupción constante y el humo se mezclaba a la atmósfera, haciéndola densa y difícil de respirar. Partículas de cenizas les azotaban el rostro de vez en cuando.

Herrero alzó la vista y no disimuló un gesto de disgusto al ver que el cielo comenzaba a encapotarse. Sólo faltaba que lloviera para coronar lo desagradable de la ascensión.

Addy, en cambio, se mostraba muy interesada por lo pintoresco e

imponente de la excursión. No le molestaban los ruidos, el humo ni las cenizas. No se había preocupado de levantar la vista para comprobar la causa de que el sol se hubiera ocultado.

Llegaron al fin a una especie de rústico mirador, situado muy cerca y casi a la altura del cráter. Addy quedó sobrecogida. El espectáculo era hermoso, pero aterrador. La boca formidable expella densas columnas de humo, y, de vez en cuando, lanzaba un rugido sordo, subterráneo.

—¡Cuántas tragedias ha producido ese horno infernal!—comentó Herrero.

—¡Es espantoso!—exclamó Addy.

—No lo sabe usted bien, señora. Eso hay que verlo para conocerlo.

—¿Ha presenciado usted alguna erupción?—preguntó Herrero al guía.

—La última.

—Debió de ser un espectáculo enloquecedor.

—Algo que los pocos que nos salvamos no olvidaremos nunca.

—¿Y no se puede hacer nada por evitarlo?—inquirió Addy.

—Ni por evitarlo ni por salvar

el pellejo, señora. Cuando el volcán dice: "Aquí estoy yo", no le queda a uno más que un recurso: resignarse a morir.

Se estremeció Addy. Sus ojos desavoridos se fijaron en el cono humeante. Y con una especie de curiosidad morbosa, exclamó:

—¿No podríamos acercarnos un poco más?

—Muy poco más — repuso el guía.

Salieron del mirador, dieron un pequeño rodeo y llegaron al borde de un muro natural, desde donde se experimentaba la sensación de estar asomado al mismo cráter.

—Si una persona cayera ¿moriría irremisiblemente?—preguntó Addy.

—Hace tres años se cayó un francés y, por pronto que fuimos a auxiliarle, ya no encontramos nada.

Addy se echó a temblar. Estaba pálida.

No pudo hacer ningún comentario. Sus ojos, desmesuradamente abiertos, estaban fijos en el cráter con la misma expresión de horror que si estuvieran presenciando el trágico momento de la caída del francés.

EL HOMBRE QUE SE REÍA DEL AMOR

Herrero, dándose cuenta de lo que estaba pasando por Addy, la cogió de un brazo.

—¡Ea! ¡Vámonos de aquí!—dijo nerviosamente.

Emprendieron en seguida el descenso. Cuando llegaron a la caseta del guía empezó a lloviznar. Pero no se quedaron allí, sino que continuaron solos el descenso.

La lluvia arreciaba. Pronto se convirtió en diluvio lo que había empezado por inofensiva llovizna.

Herrero cogió a Addy de la cintura y emprendieron veloz carrera, carrera continuamente dificultada por los obstáculos que ofrecía el terreno.

Llegaron por fin a una especie de venta donde se cobijaron.

En aquel momento, una linda napolitana cantaba una cancioncilla, dulce como la voz del acordeón que la acompañaba.

En un ángulo había una mesa desocupada. Addy y Herrero se sentaron ante ella, en un duro banco de madera.

El ventero se acercó solícito.

—¿Qué desean los señores?

—Un automóvil para volver a Nápoles—repuso Herrero, que de-

seaba encontrarse cuanto antes en el hotel.

—Aunque es difícil, procuraré proporcionar el auto a los señores.

Evidentemente, el ventero iba en busca de la buena propina.

—¿No desean tomar nada los señores?

—Sí, traiga usted...

Herrero y Addy se miraron. Aquella mirada fue una consulta. Una consulta de difícil solución, pues ninguno de los dos estaba en disposición de tomar nada.

Herrero pidió cualquier cosa con el propósito de no beber más que un poco de agua, y lo mismo hizo Addy.

Seguía cantando la deliciosa napolitana e iba de una mesa a otra en un mariposeo de incitación que hacía babear a los groseros clientes.

Aquellos hombres, los payroquianos de la venta, eran de la más baja estofa. Bastaba ver sus caras patibularias para comprenderlo.

Uno de ellos estaba comiendo macarrones, preparados al estilo del país. Como estaban sin cortar, la boca comenzaba por realizar un trabajo de succión que resultaba sumamente difícil. Los macarrones

eran tan largos, que no se les veía el fin por mucha fuerza de absorción que el cliente derrochaba.

Viendo los apuros que pasaba, un hombre que bebía silenciosamente en la mesa vecina, se llevó la mano a la cintura, sacó una navaja del tamaño aproximado de un sable y cortó los macarrones, con lo que el comensal halló una solución de continuidad salvadora.

Cuando la napolitana terminó su canción, todos los ojos se fijaron en Addy. La miraban con una codicia descarada y amenazadora. Ella experimentaba, ante la bárbara caricia de aquellos ojos, la misma sensación que si la caricia hubiera procedido de las ásperas manos de los que la miraban.

Su inquietud aumentó al pensar que aquellas miradas podían ir dirigidas, no a su belleza, sino a sus joyas. Para lo primero, confiaba en la defensa de Herrero. Para lo segundo, la defensa de un hombre, por muy valiente y fuerte que sea, no representa nada.

El que había cortado los macarrones con la descomunal navaja, la arrojó después sobre la mesa,

sin ni siquiera cerrarla, y allí continuaba, a la vista de todos y sin que nadie le diera la menor importancia, como si el uso de instrumentos semejantes fuera allí tan corriente y natural como en cualquier restaurante el uso de los tenedores.

Cada vez más nerviosa y amedrentada, Addy se apretaba contra Herrero, como si por este hecho la defensa de él hubiera de ser más eficaz.

Uno de los que con tanta fijeza la miraban, tal vez el que tenía la expresión más patibularia e inquietante, se acercó a ellos paso a paso y pidió a Herrero lumbré para encender un cigarrillo que llevaba entre los labios.

Herrero aplicó a la punta del cigarrillo la llama de su encendedor y recibió, en vez de una palabra de gratitud, una mirada punzante y friamente amenazadora.

No se acobardó Herrero. Sus ojos no parpadearon al recibir la mirada de los otros, aguda y penetrante como un taladro. Pero era lo cierto que deseaba salir cuanto antes de aquel lugar donde sólo cosas desagradables podían ocurrirle.

—El auto está a disposición de los señores—oyeron de pronto que les anunciaba el posadero.

Y los dos se levantaron inmediatamente con un gesto que equivalía a un suspiro de alivio.

VI

En el interior del auto, Addy, bajo los efectos aún de los peligros pasados, pero con la alegría, con el goce íntimo de verse al fin libre de ellos, como el que despierta de un sueño angustioso y advierte que todo ha sido eso, un sueño, se arremataba a Herrero cada vez más, y llegó un momento en que él sintió, como una inmensa caricia, la palpitation de aquella carne en su carne.

Pero no era esto sólo, sino que Herrero pudo comprobar que Addy le miraba con los labios entreabiertos y los ojos entornados, gesto que habría bastado para que él comprendiera que la mujer tan desea-

da estaba a su merced, si no fuera ella la que, cogiéndole de las solapas, le iba atrayendo poco a poco, en muda demanda de un beso.

Cuando el auto llegó al hotel ya estaba entre los dos todo convenido. Pidieron una sola habitación y en la puerta, colgando del tirador, pudo verse un pequeño cartel que decía con elocuente laconismo: "Se ruega que no llamen".

A la mañana siguiente, cuando Herrero despertó, tendió la mano a su izquierda con movimiento casi instintivo. Esperaba encontrar a Addy. Pero Addy no estaba. Se levantó. Pudo comprobar que en la ha-

bitación no había el menor vestigio de la hermosa rubia.

Llamó a un criado y supo por él que la señora se había marchado a Roma con la salida del sol.

—Dígale al conserje que me encargue un billete para el primer tren que vaya a Roma.

Se vistió en seguida y rápidamente. A su llegada a Roma, lo primero que hizo fué reunirse con Luis, al que encontró junto a la piscina del hotel, recreándose en la contemplación de las bellas bañistas, que lucían los maillots más breves y elegantes.

—Nos vamos—le dijo secamente.

—¿Cuándo?

—Hoy mismo.

—¡Pero, hombre! ¡Ahora que empezaba a tomarle gusto a esto!

—Hemos de marcharnos.

—Bueno, hombre, bueno. Pero ¿se puede saber el motivo?

Herrero le explicó detalladamente todo lo ocurrido desde que comenzara la excursión al Vesubio hasta el incomprensible desenlace de la aventura.

—¿Y no está aquí?

—No. Acabo de enterarme de que ha estado el tiempo preciso para recoger sus cosas y marcharse.

—¿Adónde?

—No lo sé. No sé nada. ¡Me parece todo tan inexplicable!

—No es la primera vez que Addy procede así.

—Pero en este caso es diferente. Si la hubieras visto anoche, no habrías tenido más remedio que convenir conmigo en que Addy estaba enamorada de mí. ¿Cómo es posible un cambio tan grande en tan pocas horas?

—No hay en ello nada inexplicable.

—¿No?

—No. La clave de todo está en el Vesubio.

—Tiene gracia.

—Aunque te rías. Las mujeres que visitan el Vesubio, las que ven de cerca la imagen de la muerte en las columnas de humo que despiden su cráter, las que se dan cuenta de que pueden desaparecer en unos pocos minutos si se produce una de las tremendas erupciones a que el Vesubio, a través de los siglos, va acostumbrando a Italia, sienten una propensión irrefrenable a gozar de la vida y, de un modo especial, a gozar de ella por medio del amor. De modo, Juanito, que no debes apuntarte esas conqui-

ta en la lista de tus aventuras. No te corresponde. No has sido tú el que ha ganado a Addy. Fué el Vesubio.

—¿Y la huida? ¿También de la huida tiene la culpa el Vesubio?

—Es una consecuencia lógica de haberse entregado a ti no premeditadamente, sino obedeciendo a un estado de ánimo anormal y transitorio.

Las teorías de Luis no convencie-

ron a Herrero. No le podían convencer. Él que había tenido a Addy entre sus brazos, que aún sentía en sus labios el calor de los labios de ella, que aún le parecía vibrar al contagio de sus vibraciones, no podía atribuir a aquella vehemencia, a aquella pasión, una causa tan poco consistente como la amenaza de un volcán.

Y aquel mismo día, Luis y Herrero salieron de Italia, camino de España, de Barcelona.

VII

Carmencita tocaba el piano y cantaba.

La habitación estaba amueblada con extrema humildad. También Carmencita vestía con modestia. Era muy joven. Debía de frisar en los diez y ocho años. Era muy bonita. La palidez no perjudicaba al encanto de su rostro, así como la gracia y las proporciones esculturales de su figura triunfaban por encima del régimen de sobriedad a que sin duda estaba sometida la muchacha.

Sobre el piano, el retrato de un joven con una dedicatoria apasionada, retrato que bastaba para comprender que aquella habitación humilde había sido en otro tiempo escenario de una historia de amor difícil de olvidar para Carmencita.

La puerta se abrió de pronto. Era la portera.

—Señorita Carmen, yo quisiera no tener que dar este paso, pero el procurador me obliga.

—¿Se trata del alquiler?

—Sí, señorita Carmen.

—Pero ¿qué quieren ustedes que haga yo si no puedo pagar?

—Yo lo comprendo, señorita Carmen. Si de mí dependiera no vendría a molestarla. Pero el procurador me obliga.

—¿Y qué quiere el procurador? ¿Qué le ha dicho?

—Que si no le paga usted hoy mismo se verá precisado a desahuciarla.

Carmen no contestó. Comprendía la resolución de aquel hombre que llevaba esperando varios meses. Es-

EL HOMBRE QUE SE REÍA DEL AMOR

taba pensando, pensando... Y sólo una solución se ofrecía a su pensamiento. Una solución que le repugnaba, pero que era única.

—Está bien. Digale al procurador que cobrará hoy mismo.

Había dicho esto con la firmeza

de quien adopta una resolución infalible pero heroica.

La portera se marchó sin hacer ningún comentario.

Carmencita comenzó en seguida a arreglarse un poco la cara y el cabello.



Saló a la calle. No llevaba rumbo fijo. El rumbo era lo de menos. En cualquier parte podía encontrar lo que buscaba.

No iba pintada, no llevaba joyas deslumbrantes, ni vestidos fastuosos, pero los hombres se detenían a mirarla. Una mujer sola, bonita y que, por añadidura, tiene aspecto de muchacha decente. ¿Qué más puede exigir el gusto de un hombre?

Recorrió varias calles. Era la hora del atardecer y Barcelona comenzaba a palpar con esa intensidad que culmina diariamente en el momento en que termina la jornada de trabajo.

Estuvo a punto de ser atropellada

por un automóvil, por un magnífico automóvil, al cruzar la calzada de un paseo.

El auto se detuvo en seco y Carmencita dió un salto atrás, ganando de nuevo el andén.

La portezuela se abrió y apareció el rostro de Herrero.

Carmencita no conocía a aquel hombre, pero su aspecto le agradó sobremanera.

—¿Se ha asustado usted?—preguntó Herrero.

—No, señor—repuso Carmen con una voccecita que resonó como una música en los oídos del seductor.

—Pues yo sí. Menos mal que llevo un buen chofer.

Carmencita sonrió y continuó su camino.

Herrero estaba estupefacto. Jamás había visto una criatura tan angelical. No estaba acostumbrado a ver la belleza fundida con la humildad. Sus flirts habían tenido siempre la aureola de la fastuosidad, de la riqueza, del deslumbramiento. Mujeres que sin ser precisamente Addy, porque Addy había sólo una, estaban cortadas sobre el mismo patrón.

Por eso Carmencita produjo en Herrero una impresión tan profunda, que éste bajó del coche y la siguió a través de las calles de la ciudad.

Carmen se había dado cuenta. Y no sólo porque con ese fin había salido de casa, sino porque Herrero le parecía un hombre extremadamente simpático, se volvía de vez en cuando y lo obsequiaba con una sonrisa.

Herrero esperó a que la joven llegara a las calles solitarias de las afueras. Una vez allí, la abordó.

—¿Se puede saber adónde va usted a estas horas y por estos barrios?

—A mi casa.

—Pues sí que vive usted lejos.

—Un poco.

—¿No tiene miedo?

—Miedo ¿de qué?

—Los hombres se ciegan cuando ven a una mujer bonita.

—¿Eso es lo que le ha pasado a usted?

—Por mí puede estar tranquila. Soy un hombre prudente.

Este fue el principio de una charla llena de naturalidad y de cordialidad, que Herrero llevó en seguida al terreno que le interesaba, con su desenvoltura habitual.

—¿Me permite usted que le haga una proposición?

—¿Cuál?

—Invitarla a cenar esta noche.

—Imposible.

—¿Por qué?

—Porque no acostumbro salir de noche.

—¿No puede usted por una noche hacer una excepción?

—No.

Lo rotundo de la respuesta no correspondía al tono amable y dulce de la expresión.

Era un "no" que para un hombre experto en lides amorosas equivalía a un "sí".

Por eso Herrero no se dio por

EL HOMBRE QUE SE REÍA DEL AMOR

vencido. Y Carmencita, encantada de aquella insistencia que iba a darle ocasión de rectificar.

Pues era lo cierto que ya no pensaba en los recibos de la casa. Por encima del deseo y de la necesidad de pagar, estaba la atracción que Herrero ejercía sobre ella.

¿El final? Es fácil deducirlo. Carmencita y Herrero ya no se separaron hasta el día siguiente. Y aquella separación duró tan sólo el tiempo que necesitó Carmencita para ir a su casa a pagar el alquiler y a decir a la portera que podía disponer del piso.

VIII

¿Qué distinta esta habitación a la que siempre había servido de marco a Carmencita!

Ahora vivía en un ambiente de suntuosidad y su cuerpecillo de muñeca conocía la caricia del crespón, de los encajes, de todos los primores que convierten en estuche los escaparates de las tiendas de modas.

Estaba tendida en una chaise-longue, entregada a los gratos y risueños pensamientos que eran con-

secuencia ineludible del ambiente de felicidad en que su alma flotaba.

Herrero, cerca de ella, leía un periódico.

—Ven aquí.

Era la voz de Carmencita, voz mimosa y acariciante.

Al alzar Herrero la vista del periódico, advirtió que Carmen tendía hacia él los brazos con un gesto lleno de amor y de gracia.

—Ven aquí.

Herrero dejó el periódico y fué hacia ella. Se sentó en el borde de la chaise-longue, se dejó encadenar por los suavísimos brazos.

—¿No eres tú feliz?—preguntó Carmencita.

—¿Cómo no he de serlo?

—¿Tanto como yo?

—Tal vez más.

—Más es imposible.

—Entonces dejémoslo en "igual".

Rieron, se besaron, se acariciaron.

De pronto, declaró Herrero:

—He de decirte algo muy importante, Carmencita.

—Todo lo que tú dices es para mí muy importante.

—Entonces contesta: ¿Has pensado algo para asegurar tu porvenir?

El semblante de Carmencita cambió súbitamente de expresión. De la alegría resplandeciente pasó a la tristeza sombría.

Permaneció un momento mirando a Herrero. Después dejó caer la cabeza sobre los cojines y prorrumpió en sollozos.

—Pero ¿qué es eso, mujer? ¿Por qué lloras?

—¡Nunca creí que te cansaras de mí tan pronto!—gimió Carmencita.

—¿Que yo me he cansado de ti?

¿Quién te ha dicho semejante cosa?

—Tú, tú. No te vuelvas atrás.

—¿Qué he dicho yo?

—Que si he pensado en solucionar mi porvenir.

—¿Y qué tiene que ver eso con lo otro?

—Si no pensaras dejarme no te preocuparía mi futuro. Eso es que te has cansado de mí.

—¡Qué tontería! Ni me he cansado de ti, ni he pensado dejarte, ni lo pensaré nunca.

—Pues no te entiendo —repuso Carmencita, recobrando la tranquilidad.

—Recuerdo haberte oído decir que tu mayor deseo era labrarte un porvenir que te permitiera vivir independiente, sin depender de nadie.

—Pero ahora no me importa lo más mínimo la independencia. Sólo me importas tú. Teniéndote a ti no necesito nada. Soy muy dichosa. Lo demás, no me importa lo más mínimo.

—Pues es preciso que te importe. Ahora, con mi ayuda, se te ofrece ocasión para asegurar tu porvenir. Es muy conveniente que estés prevenida para salir al paso de cualquier eventualidad. Suponte tú que

EL HOMBRE QUE SE REÍA DEL AMOR

cualquier día, por cualquier circunstancia, regañaras conmigo...

—Serás tú el que regañe—le interrumpió la muchacha—. Yo estoy segura de que no he de regañar.

—Nadie sabe lo que puede ocurrir. Podría arruinarme, podría... ¡qué sé yo! Lo imprevisto acosa nuestra vida por todas partes... ¿Comprendes, Carmen? Lo hago por ti. Yo no pienso en dejarte, ni mucho menos, pero quiero tener la tranquilidad de que, en un caso de necesidad, podrás solucionar la vida fácilmente y sin tener que recurrir a procedimientos indecorosos, que son ajenos a tu modo de ser.

Los argumentos empleados por Herrero llegaron a convencer a Carmencita, que exclamó:

—Bueno, ¿qué quieres que haga? Haré lo que tú quieras.

—Eres tú la que has de pensarlo.

—Per ahora no tengo pensado nada. Ya lo pensaré.

—Ahora se me ocurre una idea. Tú me dijiste que sabes cantar y tocar el piano, ¿verdad?

—También sé bailar.

—Perfectamente: ese puede ser el camino.

—¿Pretendes que me dedique al teatro?

—¿Por qué no?

—Porque no sirvo. Una cosa es cantar para un grupo de amistades y otra exhibirse en un escenario.

—Aquello es el comienzo de esto.

—Has venido a elegir lo más difícil.

—Si es difícil o fácil, ya lo dirá quien puede decirlo.

—¿Quién es el que puede decirlo?

—Un maestro de canto y baile a quien yo conozco y al que voy a llevarte mañana mismo para que te pruebe. ¿Qué te parece?

—A mí me parece bien todo lo que tú dispongas.

IX

Fueron al día siguiente a casa del "fabricante de estrellas".

El maestro empezó por probarle la voz, y la prueba fué sumamente satisfactoria.

—¡Bravo! ¡Buena dicción! ¡Timbre agradable y mucho gusto para cantar! ¡Tenemos el éxito en la mano!

Después hizo Carmencita una pequeña demostración de sus aptitudes para el baile.

El entusiasmo del maestro no tuvo ahora límites. Carmencita bailaba estupendamente.

—Será usted una artista completa. Lo reúne todo: arte, simpatía, belleza...

Desde aquella tarde, Carmen no faltó ningún día a casa del mae-

stro, y en pocos meses estuvo en condiciones de presentarse al público.

El debut fué un éxito resonante. Carmencita creó un caplé titulado el "Girasol", que agradó extraordinariamente al público.

Pero más que la canción, mucho más que la canción, gustó Carmen, con su arte, con su gracia, con su simpatía extraordinaria y, sobre todo, con su belleza incomparable.

Para cantar el "Girasol" llevaba un traje que más bien parecía un vestigio de vestido, pues cubría tan sólo lo indispensable para que lo bello y artístico no se convirtiera en inmoral.

El teatro se había quedado a oscuras y la luz potente de un proyector iluminaba y satinaba la carne de aquella escultura viva, que ad-



—... Esta noche iré a verte.



La dama rubia, acompañada de un caballero...



El matre les ha reservado una mesa. La ocupan.



—¡Habla!—le apremió Herrero.



Tomaban café en la habitación de ella.



—... ¿Me permite usted que le dé un beso?



A su llegada a Roma, lo primero que hizo fue reunirse con Luis...



Desde aquel momento era Carmencita un planeta alrededor del cual giraban multitud de satélites...



Carmen se dió cuenta de que la presencia de Enrique Mendoza no resultaba agradable a Herrero, y se sintió turbada.



— ¡Quédeset!



... llevaba la batuta en la conversación.



El norteamericano invitó a Carmen a bailar.



... se embriagaron de amor y felicidad.



Cruzarón un saludo que era una promesa de futuras extralimitaciones...



—Vete. Es lo mejor.



—... No acertaba a coordinar dos palabras...

quiría así maravillosas suavidades de raso y terciopelo.

En el patio de butacas había un joven que contemplaba a la artista con especial atención y con entusiasmo difícil de refrenar.

Era un muchacho elegantemente vestido, muy bien peinado y acicalado.

Conocía a Carmencita y Carmen-cita le conocía a él. Pero si ella le hubiera visto, le habría sido difícil reconocerlo.

Era un amigo de los tiempos en que la vida estaba para los dos llena de la alegría de la adolescencia. Fueron compañeros de estudios. Entonces ninguno de los dos era nada y ahora los dos se habían creado una posición en la vida.

Se llamaba el joven Enrique Mendoza y era un escultor que, tras obtener varios premios importantes, había conseguido poner a su nombre el nimbo de la fama.

Carmencita no le había visto, no le podía ver, porque la luz del proyector y la embriaguez del éxito la cegaban.

En cambio, Enrique, que la había estimado de veras y que ahora la veía entrar con paso firme en el camino del éxito, seguía atenta-

mente las evoluciones de aquel cuerpo blanco y ligero y escuchaba sin pestañear la voccecita encantadora que con tanto sentimiento cantaba el "Girasol".

La verdad era que no le agradaba la exhibición de sus encantos que Carmencita estaba haciendo. Precisamente uno de los principales motivos de su estimación hacia ella en los tiempos inolvidables en que se conocieron, fué su inocencia, una inocencia a la que ella no daba la menor importancia y que por este hecho resultaba más importante.

¿Habría cambiado Carmen en el tiempo que llevaban sin verse?

Desde luego tenía que haber cambiado para que se exhibiera de aquel modo, pero cualquiera que fuese el cambio que la vida de Carmen hubiera sufrido, Enrique estaba seguro de que su amiguita continuaba siendo la misma en el fondo.

Esto lo pregonaba aquella sonrisa angelical, que de un modo incesante animaba la expresión de su rostro, y aquella mirada de sus lindos ojos, y aquella voz llena de suaves y dulces modulaciones y aquellos gestos que tan lejos estaban de

las ondulaciones obacenas de ciertas danzas y de ciertas danzarinas.

En un palco, muy atento también y muy satisfecho del resultado del debut, resultado que se presagiaba inmejorable, porque repetidas veces había prorrumpido el público en aplausos, estaba Herrero.

Y en el palco que quedaba precisamente debajo del que ocupaba Herrero, estaba Addy.

Hermosa y deslumbrante como siempre, atrayendo las miradas de todos, y sólo ignorada por Herrero, que era uno de los pocos espectadores que no la podían ver, debido al emplazamiento de sus localidades.

¡Qué lejos estaba Herrero de sospechar que Addy se hallaba tan cerca! Pero ¿acaso se acordaba de Addy? ¿Acaso, de recordarla alguna vez, como se recuerda cualquier episodio agradable del pasado, se renovaba aquella pasión que por primera vez en su vida le había dominado y perturbado en los días inolvidables de su viaje a Roma?

Probablemente Herrero había ido olvidando a Addy. Probablemente

Addy no había sido para él más que una aventura selecta entre sus innumerables aventuras. Aparte ésta, Addy tenía otra ventaja sobre las demás amantes de Herrero. No se había dado por vencida al entregarse a él, sino que continuaba en plan de vencedora al haber huído después de dejarle saborear fugazmente, en una sola noche, el elixir incomparable de sus besos.

Seguía bailando y cantando Carmencita y seguía Herrero contemplándola con satisfacción, como el artista que ve acabada una obra suya.

Addy la escuchaba atentamente, y Enrique estaba tan absorto, que por un momento perdió la noción de cuanto le rodeaba.

De pronto volvió a la realidad. Era que el público había prorrumpido en un aplauso unánime y que el telón caía lentamente.

Carmencita, emocionada, correspondía a los aplausos entusiastas de los espectadores que llenaban el teatro.

X

Cuando Carmen llegó a su camerino lo encontró lleno de flores y de aduladores, que la felicitaban efusivamente.

Casi todos eran periodistas. La nueva artista sólo hipérboles y promesas de un porvenir brillante y venturoso escuchaba de labios de aquellos visitantes que la aturdían.

Desde aquel momento era Carmencita un planeta alrededor del cual giraban multitud de satélites, con finalidades distintas.

—No me privaré de decir que es usted la mejor bailarina de los tiempos actuales—decía un reportero de espectáculos.

—Publicaré en mi revista una extensa información sobre usted—prometía otro.

—La prensa se encargará de ele-

varla a las cimas del renombre universal—decía un tercero.

Y Carmencita repartía sonrisas y apretones de manos.

De pronto se dió cuenta de la presencia de Enrique, que acababa de entrar en el camerino.

Lanzó una exclamación de alegría.

—¡Enrique!

—¡Enhorabuena, mujer!

Se estrecharon ambas manos efusivamente, con una cordialidad muy distinta a la complacencia formularia que Carmen estaba demostrando a sus numerosos visitantes.

—¿Qué es de tu vida?—inquirió Enrique.

—Ya lo ves. Mi primera noche: mi primer triunfo.

—¿Qué lejos estaba de sospechar

que eras tú cuando he leído el nombre de "Carmen" en los carteles y he entrado, no teniendo sitio mejor donde ir!

—¡Qué coincidencia!

—¡La sorpresa que me he llevado al ver que eras tú!

—Me lo imagino.

—No he podido sobreponerme a la tentación de entrar a saludarte.

—Hubieras hecho muy mal... Pero hablemos de ti. ¿Qué es de tu vida?

En dos palabras, Enrique le explicó los progresos que había hecho en su arte, y siguieron charlando animadamente.

De pronto se abrió la puerta del camerino y apareció Herrero.

Al ver a Carmencita en fraternal coloquio con Enrique, no disimuló un gesto de contrariedad.

¿Celos? Nada de eso. Herrero no podía estar celoso, porque el sentimiento que le unía a Carmen no era compatible con tal estado de ánimo. Herrero era el protector desinteresado de Carmencita. Nada más. Su pasión hacia ella, como otras tantas veces le había ocurrido en casos semejantes, había terminado tras el breve periodo que podríamos llamar de luna de miel.

El motivo de la contrariedad era otro. Era que Herrero se consideraba responsable de la carrera y del porvenir de Carmen y no podía tolerar que nadie se presentara de pronto a destrozar su obra, cuando empezaba a gozar de su completa realización.

Permaneció en pie junto a la puerta hasta que Carmen lo vió y, desprendiéndose de las manos de Enrique que sujetaban las suyas, corrió hacia su amante y protector.

—¡Hola, querido!

—¡Hola!

Y al ver Carmen que los ojos de Herrero se fijaban obstinadamente en Enrique, exclamó:

—¡Es un antiguo amigo! Ven y os presentaré.

Así lo hizo. Enrique, que no se había detenido a reflexionar quién pudiera ser aquel hombre, ni qué ascendiente pudiera tener sobre Carmen, le tendió la mano con un movimiento lleno de efusividad. Herrero, en cambio, se limitó a responder secamente:

—Tanto gusto.

Carmen se dió cuenta de que la presencia de Enrique Mendoza no resultaba agradable para Herrero, y se sintió turbada.

En vano trató de animar la conversación para quitar el mal efecto que la fría acogida pudiera producir a Enrique. Los esfuerzos de Carmen fueron en seguida innecesarios. Mendoza, dándose cuenta de que no había caído en gracia a aquel hombre que, evidentemente, tenía algún derecho sobre Carmen, se apresuró a despedirse y salió del camerino.

Y, tras él, salieron todos los demás visitantes cuando Carmen pretextó tener que vestirse, para quedarse a solas con Herrero.

—¿Estás contenta? — preguntó éste cuando todos se hubieron marchado.

—¡Oh! — exclamó Carmen con entusiasmo—. ¡Esta noche es la más feliz de mi vida!

—Has tenido un gran éxito.

—No lo sabes tú bien.

—¿Cómo no voy a saberlo? ¿Es que no lo he visto?

—Lo has visto, pero no lo has visto todo. Para ti este éxito se ha reducido a los aplausos, a las llamadas a escena, a las aclamaciones. Para mí representa mucho más. Voy a ganar mucho dinero, voy a ser una mujer codiciada y admirada. Sin embargo seguiré siendo sólo para ti. Ahora sí que no dudarás de la verdad de mi cariño.

Se había sentado sobre las rodillas de Herrero. Él la rodeó con sus brazos. Fué un gesto vehemente de gratitud y de emoción.

—¡Eres deliciosa, chiquilla mía! — exclamó.

Y premió aquel rasgo con un beso largo y apretado en la boca de Carmen.

XI

A la mañana siguiente, al entrar en su casa para acostarse y llegar al salón, se detuvo asombrado.

Allí estaba Addy, esperándole.

Sin duda había ido a visitarle creyendo que no se había levantado aún y al encontrarse con que todavía no se había acostado, decidió esperarlo.

Herrero se había quedado inmóvil, como el que se encuentra ante una aparición y no ha creído nunca en fantasmas.

—¡Addy!

Ella le tendió la mano.

—¿Qué tal, Herrero?

—Pero ¿puede ser cierto que seas tú?

—Hace un rato que estoy esperándole.

—¿Por qué no me has avisado?

Ella cogió de encima de un velador una carta sin abrir.

—Yo sí que le he avisado. Es usted el que no ha podido enterarse del aviso.

Herrero desistió de seguir tuteándola en vista de que ella no correspondía al tuteo.

—¿Cuándo envió usted esa carta?

—La recibí usted ayer. Quise darle veinticuatro horas de tiempo para evitar lo que ha estado a punto de suceder.

—¿Qué es lo que ha estado a punto de suceder?

—El haberme marchado sin poder saludarle.

—¿Tan pronto se va?

—Hoy mismo.

EL HOMBRE QUE SE REÍA DEL AMOR

—¿Qué absurdo!

—Me marchó hoy y no puedo retrasar el viaje.

—Será que no quiere.

—O que no debo.

La antigua pasión había resurgido arrolladora en el alma de Herrero al ver a Addy. El recuerdo de la noche de Nápoles era demasiado dulce para que no deseara renovarlo.

—Ha sido una fatalidad que no estuviera aquí. He tenido que resolver ciertos asuntos inaplazables y...

—Me gustaría saber qué asuntos son esos que exigen ir vestido de smoking a las ocho de la mañana —le interrumpió Addy con un tonillo de burla.

—Le aseguro, Addy...

—Pero eso es lo de menos.

—Tiene usted razón. Lo importante es que está usted aquí y que haré todo lo posible para retenerla.

—No conseguirá usted nada.

—¿En absoluto?

—En absoluto.

—¿Se marcha de viaje?

—Sí.

—¿Puedo preguntarle dónde va?

—El fin del viaje será París.

—Otra pregunta: ¿Se marcha sola?

—No.

—¿Acaso con mister Whist?

—Sí.

Un tono de pesadumbre envolvía las palabras de Addy. Daba la sensación de obrar empujada por una fatalidad inapelable y contraria a sus deseos.

—¿Por qué ha venido a decirme lo? ¿No comprende que me tortura?

—He venido porque le debía una explicación.

—Preferiría una reparación, Addy.

—¿Cómo?

—Reanudando lo que usted interrumpió de modo tan imprevisto y... despiadado.

—¿Se refiere usted a la noche de Nápoles?

—Sí.

—Pues sepa usted que eso es lo único que no puede reanudarse.

—¿Por qué?

—Porque es mejor para los dos.

—Para mí no, Addy.

—Para usted también.

—¿Pretende usted saberlo mejor que yo mismo?

—Lo que sé es que así le ahorraré la violencia de tener que engañarme y abandonarme algún día.

—¡Qué disparate!

—Un disparate que habría ocurrido. Fué una imprudencia aquella excursión que me arrojó de modo inexplicable en sus brazos. Cuando me di cuenta de mi ofuscación, era ya demasiado tarde para rectificar. Sólo me quedaba la posibilidad de impedir que el mal se prolongara. Pensé dejarle dos letras de despedida, pero no tuve tiempo. Por eso más que nada he venido. No quiero que conserve un mal recuerdo de mí. Quiero que el nombre de Addy sea siempre para usted como un símbolo de cortesía y de amistad.

—Para mí su nombre representa muchas cosas más.

—Pero hay otros muchos nombres que representan para usted las mismas cosas.

—Le aseguro que no, Addy. Está usted equivocada. No voy a negarle que ha habido numerosas mujeres en mi vida. Pero usted es distinta a las demás.

—A lo sumo tengo en la lista de sus aventuras un sitio de honor.

—Usted no figura en ninguna lista, Addy. ¿Quiere que se lo jure? ¿Como puede usted imaginar que estoy representando un papel?

—No dudo de que es usted sincero ahora. Pero ¿acaso no lo ha sido otras veces en circunstancias semejantes? ¿Acaso es la primera vez que se encuentra usted ante una mujer a la que cree amar realmente para, satisfecho el deseo, pasados los primeros días de embriaguez, darse cuenta de que se ha equivocado? Y eso es lo que yo quiero evitar, amigo mío. Le estimo a usted demasiado, representa usted demasiado en mi vida para que yo me aventure a correr ese riesgo que podría sumirme en la eterna desgracia.

Distraídamente, mientras hablaba, se había ido acercando a un gramófono que había junto a la pared, cerca de la puerta. Estaba abierto y sobre el disco giratorio había una placa.

Soltó Addy la palanca del freno, dobló el brazo del diafragma y en seguida comenzó a sonar la música, una música que no era para ella desconocida y mucho menos para Herrero.

—¿Dónde he oído yo esto?—se preguntó Addy—. ¿Usted conoce esta música, Herrero?

—Sí. Es el "Girasol", un cuplé

que canta una nueva artista de variedades.

—Cierro. Ahora recuerdo. Una artista que tiene un gran porvenir.

—Sí: Carmen.

—En efecto, se llama Carmen. ¿Aunso la conoce usted?

—Como usted: de verla en escena.

Addy le miraba fijamente, como pretendiendo leer lo que había detrás de aquellas palabras que Herrero había envuelto en una sonrisa de indiferencia.

—Es una muchacha encantadora.

—Sí, muy mona. Pero hablemos de lo que nos interesa, ¿no le parece, Addy?

—Ya hemos hablado todo lo que teníamos que hablar.

—Por mi parte he de decirle todavía muchas cosas.

—Pero yo no tengo tiempo para escucharle. Acepte mis explicacio-

nes y adiós. He de ir a reunirme con mister Whist.

Le tendía la mano. Herrero se negaba a tomarla.

—Es usted cruel.

—Bien sabe que la crueldad está muy lejos de mi carácter.

—¡Quédese!

—Es inútil que insista. Mi resolución es irrevocable.

Comprendió Herrero que nada ganaría insistiendo, y comprendió también que Addy experimentaba tanta contrariedad como él al tener que dar aquel paso.

¿Por qué, pues, no se quedaba? Le había dado las razones de su proceder, pero Herrero no podía admitirlas ni comprenderlas.

Le estrechó la mano.

—Adiós, Addy.

Y ella repuso con voz que parecía un eco:

—Adiós.

XII

Aun estaba Carmencita en escena cuando Enrique Mendoza entró en el camerino y se dispuso a esperarla.

Carmen le acogió cariñosamente, sin acordarse del mal efecto que había producido a Herrero la noche en que los presentara.

—¿Te sabe mal que venga a saludarte?—preguntó Enrique.

—¿Cómo ha de saberme mal tratándose de ti? Por el contrario, te lo agradezco mucho. Siempre se alegra una de ver a las personas que aprecia.

—¿Eres sincera, Carmen?

Carmen, que se había sentado ante el espejo del tocador y empezaba a quitarse las joyas, miró a Enrique sorprendida.

—¿Cuándo me has oído mentir?

—Ya sé que siempre has sido muy franca.

—Y lo sigo siendo.

—Pues bien. Entonces vas a permitirme que te diga una cosa.

—A ver.

—Sé las relaciones que te unen a Herrero y comprendo que algo muy grave debe de haberte pasado para que tú llegaras a esto. No me interesa conocer tu historia. Sé que siempre habrás procedido del mejor modo posible. Pero... ese Herrero no me gusta.

—Si le juzgas mal te equivocas. Me quiere mucho y todo cuanto soy y tengo se lo debo a él. Es muy bueno. Sólo motivos de gratitud tengo para él.

—Lo que sucede, Carmen, es que

EL HOMBRE QUE SE REÍA DEL AMOR

estás enamorada de ese hombre y el amor te ciega.

—Eres la primera persona que me habla mal de Herrero.

—Porque soy el primero que te hablo con sinceridad y no con el exclusivo deseo de adularle.

—Te aseguro que Herrero se porta muy bien conmigo.

—Conozco su historial y dudo de que eso sea exacto.

—¿Quieres decir que me engaña?

—No llego a tanto en mis suposiciones.

—Yo, en cambio, tengo la seguridad de que no me traiciona.

—¿Lo considerarías una traición si tuviera otra mujer?

—Por supuesto. En modo alguno pasaría por humillación semejante. El se porta bien conmigo, pero con ello no hace sino corresponder a mi fidelidad. Otra cosa no la admitiría.

—No me refería a eso. Hablaba de algo que salta a la vista. Si ese hombre te quisiera bien, si te respetara, no te permitiría que te exhibieras con ese vestido. Esa es mi opinión.

Se oyó la voz de Herrero.

—Su opinión de usted no nos interesa lo más mínimo.

Había entrado hacia un momento y se había detenido al comprender que Enrique Mendoza estaba hablando de él.

Carmen se volvió y Enrique Mendoza se levantó confundido.

Comprendió que intentar cualquier excusa era inútil y dijo simplemente:

—Perdóneme.

Después se despidió de Carmen y salió del camerino.

—Te voy a hacer un ruego—dijo entonces Herrero—. No vuelvas a recibir a ese hombre.

—Lo haré si tú me lo mandas, pero te aseguro que ha obrado llevado de la mejor intención.

—No consentiré que nadie tuerza tu camino. Es tu gloria y tu fortuna lo que les atrae.

—Lo conozco bien y sé que te equivocas.

—Si te hubiera encontrado cuando yo te encontré, veríamos lo que habría hecho.

—Bueno, hablemos de otra cosa que no te disguste—dijo Carmen sentándose en las rodillas de Herrero.

—Hablemos de lo que tú quie-

ras. Lo que sentiría es haberte disgustado yo a ti.

—Todo lo que tú hagas o digas está bien dicho y bien hecho.

—Me complace mucho oírte hablar así.

—Ahora voy a darte una buena noticia. Me ha escrito Sergio Dimitriew.

—¿El bailarín ruso?

—El famoso bailarín ruso.

—A eso llamo yo una amistad conveniente. ¿Y qué quiere Sergio Dimitriew?

—Me ofrece un contrato para cuatro meses. Pretende formar conmigo un número de baile para hacer una *tournee* por algunas capitales europeas. Empezaremos por París. Después iremos a Londres. Después ya veremos.

—Muy bien. ¿Y cuánto te ofrece?

—Ciento ochenta mil francos.

—No es una gran cosa, porque has de tener en cuenta lo que gastarás en ropa y en viajes, pero trabajar con un artista de la talla de Sergio Dimitriew es siempre un reclamo conveniente. ¿Y tú qué piensas hacer?

—Según.

—¿Según qué?

—Según quieras tú acompañarme o no. Si he de vivir tanto tiempo lejos de ti, prefiero echar a rodar el contrato y quedarme en casa. Ahora, si tú me acompañas, es distinto.

—Entonces puedes aceptar. Te acompañaré.

—¿De veras?—exclamó Carmen palmoreando alegremente.

—¡Claro, mujer!

—¡Cuánto nos vamos a divertir!

Y el final fué un abrazo muy apretado y un beso muy fuerte, lo que no constituía precisamente una novedad entre ellos.

XIII

Llegaron, después de la función, al cabaret "La Girafa".

Pero no pudieron sentarse porque todas las mesas estaban ocupadas. Así lo manifestó el *maitre*, que había ido al encuentro de ellos.

Ya se iban a marchar, cuando un botones llamó a Herrero.

—Señor, este caballero les ruega que vayan a su mesa, donde hay sitio para ustedes.

Al mismo tiempo le entregó una tarjeta.

La leyó Herrero:

J. R. M. Whist

Alzó rápidamente la cabeza, buscó con la mirada a mister Whist, y cuando lo encontró pudo comprobar que, como había sospechado, con él estaba Addy.

Addy, que le miraba amable y sonriente.

"Cada vez entiendo menos a esta mujer", se dijo Herrero.

Y, dirigiéndose a Carmen:

—Creo que debemos aceptar.

—Me parece muy bien.

Fueron hacia la mesa que ocupaban Addy y mister Whist.

Este se había levantado y tendía la mano a Herrero, quien comenzó por presentarse a sí mismo para presentar después a Carmen.

Por su parte, mister Whist les presentó a Addy.

—Perdone usted, señorita—dijo ésta a Carmen—, que haya indicado a mi amigo les invitara a nuestra mesa. Pero ¡tenía tantas ganas de conocerla desde que la vi trabajar a usted en Barcelona!

—No merezco tanto interés, señora, y me complace mucho que sea usted tan benévola con mi arte.

—La admiramos muy de veras, Hemos venido dispuestos a seguirla en su *tournée*.

—Me parece excesivo.

Carmen estaba realmente abrumada y confusa ante tanta amabilidad.

Addy llevó la batuta en la conversación. Intervino Herrero en seguida, mientras mister Whist sólo participaba en ella con algún que otro monosílabo.

Empezó a sonar la música.

El norteamericano invitó a Carmen a bailar. Ella aceptó encantada. Y Addy y Herrero quedaron solos en la mesa, frente a frente.

—Todo esto me parece un sueño, Addy. Volver a hablar a solas con usted.

—Un sueño que no debe realizarse.

—¿Por qué?

—Porque no me parece oportuno... ¿Tiene la bondad de invitarme a bailar?

Herrero se levantó.

La majestuosa figura de Addy llamó la atención de la concurrencia.

Se deslizaba por el salón con lentas evoluciones.

—¿De veras le gusta a usted el baile, Addy?

—Mucho. Y a usted también debe de gustarle.

—¿Por qué dice eso?

—Por Carmen.

—Es preciso que hablemos.

—Ya estamos con las mismas.

—Y siempre estaremos igual, mientras vivamos y nos encontremos.

Al mismo tiempo que hablaba y bailaba, Herrero había ido guiando a la hermosa rubia hacia la puerta de un saloncito inmediato al gran salón de baile.

Cuando Addy quiso evitarlo, era ya demasiado tarde. Se encontró a solas con Herrero allí donde la música era un eco y un rumor lejano las conversaciones.

—Se ha salido usted con la suya—comentó Addy.

—¿Tanto la contraria?

—¡Hemos hablado ya tantas veces de lo que vamos a hablar!

—Es que ahora, Addy, soy yo el que me considero obligado a darle una explicación.

—¿Sobre qué?

—Sobre Carmen.

—Usted no tiene obligación ninguna de explicarme a mí nada y menos una cuestión de esa índole.

—Vamos a suponer que no estoy obligado. Tengo gusto de hacerlo. ¿Le parece bien?

—¿Qué me va usted a decir de Carmen? ¿Que no la quiere? ¿Que es todo una distracción, un flirt pasajero? ¿Y no comprende usted que si me dice eso, perderá en vez de ganar a mis ojos? Son ejemplos de constancia y no de ligereza los que podrían convencerme.

—Déjeme usted hablar.

—Le dejo.

—Estimo a Carmen, pero esta estimación está muy lejos del amor, de ese amor que suele mediar entre hombre y mujer, de ese amor, en fin, que hace que yo me sienta desdichado lejos de usted.

—Es difícil de creer, siendo Carmen una mujer tan bonita.

—¿Acaso es sólo la belleza lo que despierta el amor? ¿Acaso yo la amo a usted sólo por bella? Pues no. Usted es muy hermosa, ¿qué duda cabe? Pero sin duda tiene atractivos superiores. Yo creo que con la belleza simplemente, no se puede ejercer la atracción que usted ejerce sobre mí.

—Palabras, palabras... bellas palabras.

—¡Si usted supiera el daño que me hace dudando de mi sinceridad cuando siento que el corazón me sale del pecho a fuerza de ponerlo en lo que le digo!...

—Pero ¿no comprende que es muy duro creer que un hombre de su condición y de su carácter se erija en protector de una mujer bonita sólo por altruismo?

—Yo le juro a usted que no amo a Carmen y que si la he ayudado a labrarse un porvenir ha sido precisamente para poder separarme de ella sin que me pueda reprochar nada.

—Conmigo se ahorraría usted ese trabajo, porque mi porvenir está solucionado ya, pero, al fin y a la postre, el desenlace sería el mismo.

—¿Qué equivocada está usted!

—Tal vez crea usted sinceramente que estoy equivocada, pero yo sé muy bien que el fin de esta aventura sería ése, porque todas las aventuras terminan así.

—¿Cómo puede creer que lo que usted me inspira es sólo el deseo de correr una aventura más?

—Porque le conozco y he conocido a otros hombres como usted. Por

muy alta que quiera usted colocar la aventura, por muchos nombres bonitos que invente usted para disfrazarla, no será más que eso: una aventura. Una aventura excepcional si usted quiere, pero aventura al fin.

—Por lo que más quiera, Addy: créame usted. Le juro que no he sentido en la vida lo que en este momento estoy sintiendo sólo por el hecho de estar cerca de usted.

—Es posible que sea así. Las otras aventuras se le han presentado fáciles, acaso demasiado fáciles. Esta, en cambio, se le ha presentado muy difícil, gracias a mi decisión y a mi voluntad, que sólo una vez me han fallado. Comprendo que estos obstáculos excitaban su empeño de llegar hasta mí, de vencerlos, y que este empeño lo confunda usted con el amor. Felizmente, amigo mío, tengo experiencia bastante para no dejarme contagiar de su confusión. Si volviera a ser débil como aquella noche, si esa debilidad se prolongara, dentro de un mes, dentro de dos, así como ahora está dispuesto a abandonar a Carmen, me abandonaría a mí por ella o por otra. Créame, es mejor que se convenza usted de que nosotros sólo podemos ser dos buenos ami-

gos, que se encuentran y se saludan de vez en cuando en su continua peregrinación por el mundo. Y si usted no se siente con ánimos para eso, para considerarme "exclusivamente" como una amiga suya, más vale que no nos volvamos a ver.

Peró Herrero, lejos de resignarse, y advirtiéndole sin duda que Addy tenía que hacer un gran esfuerzo para hablar así, pensando que cuando Addy había ido a visitarle después de la noche inolvidable, y le había llamado ahora, era porque se sentía arrastrada hacia él por una fuerza que no admitía frenos, comprendiendo todo esto y viendo en sus ojos relámpagos de pasión, desistió de seguir argumentando y recurrió a las palabras empapadas de pasión y libres de razonamientos.

Se sentó al lado de Addy y poco a poco, con su maestría habitual para estas lides, fué infiltrando el veneno de la turbación en el alma de la hermosa rubia.

Cuando ella vino a darse cuenta, su cuerpo temblaba cobijado entre los brazos de Herrero, como la noche famosa, cuando se dirigían al hotel de Nápoles en automóvil.

Seguían llegando hasta ellos los ruidos de la multitud que llenaba

el salón de baile y los ecos de la música. Nada de argumentos. Palabras vehementes y apasionadas.

Addy había perdido por completo el dominio de sí misma. Herrero comprendió que era suya, que era suya como aquella noche inolvidable en que se la entregó el miedo al Vesubio.

—Calla, calla—musitó desfallecida.

Pero estas palabras no fueron sino el preludio de la entrega absoluta, de esta otra frase en que se daba por vencida:

—Lo que tú quieras, lo que tú quieras.

Después, en voz baja, como quien planea un acto delictivo, formaron sus planes. Carmen tenía que marcharse al día siguiente a Londres. El, Herrero, se quedaría. Después Addy, con buenas palabras o simplemente con una carta, rompería definitivamente con mister Whist, ruptura que había de producir a éste el suicidio, porque ella era toda su vida. Y, finalmente, los dos juntos, sin que nadie pudiera ya interponerse entre ellos para entorpecer la felicidad de su amor, se marcharían por el mundo, en un largo viaje que debía ser como una larga luna de miel.

XIV

No le dijo nada a Carmen hasta que estuvo a punto de dirigirse a la estación.

Cuando ella supo que Herrero no la acompañaba, recibió un disgusto tremendo.

En vano se esforzaba él por explicar lo inexplicable.

—¡Pues yo tampoco voy!—resolvió Carmencita.

—Tú no puedes cometer esa locura. Te has comprometido bajo contrato. Sergio Dimitriew podría llevarte a los tribunales.

Y como se hacía tarde, al mismo tiempo que hablaba la obligaba a ir arreglando las cosas para marchar a la estación.

—Pero ¿por qué no quieres acompañarme? —inquirió Carmen llorosa al entrar en el andén y cuan-

do ya el tren estaba formado y a punto de partir.

—Ya te he dicho que no es que no quiero, sino que no puedo.

—¿Quién te lo impide?

—Los negocios.

—¿Tú negocios en París?

—Sí.

—¿Desde cuándo has tenido tú negocios en París?

—No seas preguntona. ¿Es que me vas a pedir cuentas después de lo que he hecho por ti? ¿Merezco yo tanta desconfianza?

—¿Es que temo que me abandonea, que no nos volvamos a ver!—gimió ella—. ¡Te quiero tanto!

—Bueno, mujer. No hagamos una escena, que no estamos solos.

La locomotora lanzó el silbido con que anunciaba su partida. Car-

men no reprimió por más tiempo los sollozos y echó los brazos al cuello de su amado y protector.

—¿Me escribirás siquiera?—imploró Carmen.

—Lo que has de hacer—repuso él esquivando la pregunta—es subir. El tren está ya en marcha.

En efecto, el convoy había empezado a moverse.

Ya estaba Carmen en el estribo y aun seguía reteniendo con uno de los brazos el cuello de Herrero. La

otra mano la necesitaba para enjugar su copioso llanto.

Por fin, consiguió él desprenderse.

Ella permanecía en el estribo diciéndole adiós y sólo entró en el departamento cuando hubo perdido a Herrero de vista.

Herrero respiró.

—¡Por fin!

Se arregló un poco los puños y el nudo de la corbata y salió de la estación jugueteando con el bastón elegantemente.

Se hallaban en Villefranche después de un largo viaje en que se embriagaron de amor y de felicidad.

Habían pasado las semanas, los meses. Dos años, dos años y medio...

Y habían pasado muchas cosas.

Herrero fumaba absorto, sentado en un banco del jardín. Parecía preocupado y disgustado. Daba muestras de malestar y nerviosismo.

Salió Addy con un libro en la mano.

Addy no era la misma. Estaba más delgada y más pálida. Sus ojos, antes siempre animados por un resplandor triunfal, ahora aparecían nublados por el velo sombrío de la tristeza.

Estaba hermosa, sí, pero su belleza era distinta, una belleza empañada por el desencanto.

Llegó al lado de Herrero.

—¡Hola!

—¡Hola!

—¿Qué haces aquí tan solo?

—Ya lo ves; fumando.

Addy se sentó en una butaca de mimbre que había cerca del banco. Observaba a Herrero. Advertía su gesto de mal humor. No era la primera vez que notaba en él algo parecido.

—¿Qué te pasa?

—¿A mí? Nada. ¿Qué quieres que me pase?

—¿Estás preocupado?

—No.

—Es inútil que lo ocultes.

El tuvo un gesto desabrido.

—No me voy a pasar el día riendo.

Ella disimuló una mueca de amargura y, sin poder contenerse, replicó:

—Todo el día, no. Ya te ríes

bastante cuando estás con la señorita Merlin.

—¡Qué ridiculez! ¿Es que vas a tener celos de esa muchacha?

—Celos, no. Pero bien sabes tú que me humillas flirteando descaradamente en mi presencia.

—Soy amable con ella; eso es todo.

—Eres algo más que amable.

—Si te parece, diremos a los criados que cuando nuestros vecinos vengan no los dejen entrar.

—Ya sabes lo que quiero decir, Juan. Una cosa es ser grosero y otra que os dediquéis a un flirteo humillante sin ni siquiera respetar mi presencia.

—Los dedos se te antojan huéspedes.

Y en aquel preciso momento el criado anunció a las señoras de Merlin.

XV

Eran padre e hija. El señor Merlin estaba allí, en aquella soledad, por prescripción facultativa. La hija, Alicia, se sacrificaba a acompañarle llevada de su amor filial. Y esto era suficiente para que el señor Merlin sintiera hacia ella una profunda gratitud.

Era una muchacha encantadora. Tenía un cuerpo fino y esbelto y unos ojos grandes y apasionados.

Herrero, olvidando por completo la conversación que acababa de tener con Addy, se dirigió derechamente a Alicia.

Cruzaron un saludo que era una promesa de futuras extralimitaciones y después Alicia estrechó la mano de Addy.

—Les estábamos esperando —dijo Herrero alegremente.

Y tuvo el cinismo de preguntar a Addy:

—¿Verdad?

—Cierto—repuso ella esforzándose por sonreír.

Y dirigiéndose al señor Merlin:

—Tiene usted una hija encantadora.

—¡Es un ángel!—alabó el padre.

—Imagínese usted que a su edad se resigna a vivir en estas soledades sólo por hacerme compañía.

—Verdaderamente, Alicia, es usted una heroína—comentó Herrero iniciando el flirt.

—Sobre todo llevando el timón

—dijo ella en son de broma, pero con la intención oculta de recordar a Herrero los paseos en barca que acostumbraban dar todas las tardes.

—¡A propósito! —exclamó Herrero—. ¿No les parece a ustedes que podemos dar un paseo por el mar? ¿Podemos utilizar su barca, señor Merlin?

—Eso no se pregunta.

—¿Vamos, señora? —preguntó Alicia a Addy.

—Perdóname ustedes. Pero esta tarde no les puedo acompañar. Me duele un poco la cabeza y prefiero quedarme.

Lo había dicho con el propósito de que se suspendiera el paseo en barca, pero pronto se dió cuenta de que no lo había conseguido.

—¿Vamos, señor Merlin? —inquirió Herrero, sin ni siquiera tener un comentario para la indisposición de Addy.

—No. Prefiero quedarme aquí, haciendo compañía a la señora.

—Entonces nos tendremos que marchar solos, Alicia.

—Si Addy se encuentra mal... —dijo la muchacha por cumplido.

—No se preocupen de mí —protestó Addy—. No tiene importancia. Me quedaré a gusto con su papá.

El paseo en barca se prolongó más de la cuenta.

El señor Merlin acabó por retirarse, encargando a Addy dijera a su hija, cuando volviera, que ya estaba en casa.

Entonces Addy sintió la tentación de comprobar, de obtener una prueba indiscutible de lo que sospechaba.

Salió del jardín y se acercó a la costa. Oculta entre las rocas, esperó el regreso de Alicia y su acompañante. Pero un susurro le hizo volver la cabeza y vió que los excursionistas habían regresado ya.

No la habían visto, no podían verla.

Como Alicia reshalaba por las rocas, Herrero la cogió en brazos. Así salvaron los obstáculos de las rocas. Y cuando llegaron a la lisa playa, Alicia seguía en brazos de Herrero.

Se detuvieron un instante. Ya no hablaban. Se miraban con fijeza. La cabeza de Herrero se fué doblando. Addy vió cómo las bocas se unían. Sus manos se crisparon. Dió media vuelta y, procurando no ser vista, regresó a la casa.

* * *

Estaba tendida en la *chaise-longue*, absorta en sus amargos pensamientos, envuelta en las frágiles nubes del humo de su cigarrillo per fumado, cuando entró Herrero.

—Tengo que hablarte, Addy — balbució.

—¿Cuándo te vas?—replicó ella.

La inesperada réplica acabó de desconcertar a Herrero.

—¿Luego tú sabes...?

—Sí. Contesta, ¿Cuándo te vas?

—Mi administrador me ha enviado un aviso urgente. Partiré hoy mismo. En cuanto arregle las cosas.

—¡Calla!—le atajó Addy—. No

me hagas la ofensa de creer que pueda engañarme. Sabía que esto tenía que suceder. Acuérdate que te lo dije. Lo que siento es no haber logrado ser fuerte hasta el fin. Todo lo comprendo y todo lo podría perdonar. Todo menos que me consideres una más, a la que es fácil engañar con dos palabras.

—Pero, Addy...

—Vete. Es lo mejor.

Herrero bajó la cabeza, confundido. Salió de la casa. Tomó el automóvil que ya estaba preparado y partió velozmente.

De Alicia ni siquiera tuvo la delicadeza de despedirse.

* * *

Ya se había perdido el rumor del auto en la lejanía y aun permanecía Addy tendida en la *chaise-longue*.

La mirada de sus ojos claros estaba ahora plagada de sombras siniestras, sombras que desfilaban por

su pensamiento en procesión interminable.

Había pasado no sabía cuánto tiempo cuando se levantó.

Fué hacia su mesita de escritorio. Sus movimientos eran torpes e inseguros, con lo que demostraba que su pensamiento estaba muy lejos de lo que hacía.

Se sentó, sacó de la carpeta un pliego de papel. Estuvo un buen rato absorta, como si las ideas se negaran a acudir a su llamada.

Por fin empezó a escribir:

Yo, María Adelaida Slington...

Y siguió escribiendo hasta haber llenado dos carillas. Aquella carta constituía una revelación espantosa. Era la exposición de una última

voluntad, la justificación de un suicidio.

En el sobre puso:

Señor Comisario de Villefranche.

Lo cerró cuidadosamente y lo dejó sobre la mesa.

Estuvo un buen rato paseando, vagando más bien, por la habitación.

Por fin, buscó algo en los cajones de su buró y volvió a la *chaise-longue* con paso lento.

Se acostó. Pasaron los minutos. Cada segundo le parecía una vida entera. Había perdido completamente la noción del tiempo.

Por fin se vió que su mano, como una flor deshojada, caía sobre el borde de la *chaise-longue* y allí quedaba, blanca, inmóvil, sin vida.

XVI

El criado se asombró al verle entrar.

—¿Qué tal el viaje, señor?

—Bien. No han faltado los contratiempos, pero al fin todo se ha solucionado satisfactoriamente.

Y en este momento sonó el timbre del teléfono.

—¿Todavía sigue siendo tan pesado el aparato éste? Ya sabes: no he regresado todavía.

Se dirigió a su cuarto, pero tuvo que volver en seguida, cuando le anunció el criado:

—Es una conferencia de Villefranche, señor.

—¿Una conferencia?

—Sí, señor.

¿Qué le habría pasado a Addy? Tan arrogante como se había mostrado en el momento de la despedida y ahora le llamaba...

¿Se habría arrepentido?

Mientras estos pensamientos pasaban por su mente con velocidad vertiginosa, Herrero se dirigió al aparato.

—¿Eres tú, Addy?

—No, soy la doncella—repuso una voz trémula y gimiente—. La señorita se acaba de suicidar.

El cuerpo de Herrero experimentó una violenta sacudida.

—¿No es posible! ¿Qué me dice usted?

—Sí, señor. Se ha suicidado.

Sus manos se crisparon sobre el auricular. La doncella de Addy debía de seguir hablando, pero Herrero no la oía, no la podía oír porque sus manos habían caído sobre sus rodillas y entre ellas estaba el auricular.

Cuando reaccionó había pasado un buen rato.

Se pasó la mano por la frente, se levantó, pasó por la estancia.

Su pensamiento era un torbellino. ¿Qué hacer? No lo sabía. Se daba perfecta cuenta de que era él el culpable de aquella muerte. Su conciencia despertaba con violento empuje.

Y sintió primero la amargura del remordimiento y después el frío de la soledad y de la cobardía.

Comprendía que le esperaban noches angustiosas, noches horribles, en que no dormiría creyendo escuchar la voz acusadora de Addy.

Y él que no había retrocedido jamás ante ningún peligro experimentaba ahora un miedo rayano en el pánico.

De súbito se acordó de Carmencita. Carmencita le pareció en tales momentos una tabla de salvación.

Ella, tan buena y tan dulce, le perdonaría y le consolaría en aque-

llos momentos en que tanto necesitaba el apoyo y la presión de una mano amiga.

Pero ¿cómo encontrar a Carmencita? Mejor dicho, ¿dónde encontrarla?

Llamó a su chofer y le encargó de proporcionarle las señas de la creadora del "Girasol".

—Cuando menos, vea usted de averiguar su paradero. Puede preguntar en los teatros. En fin, eso queda de cuenta de usted. En seguida que sepa algo, venga a decirme.

Media hora escasa tardó el chofer en entregar a Herrero un papel donde estaban escritas las señas de Carmencita.

"Balmes, 160", leyó Herrero.

Y salió de la casa inmediatamente. Ardía en deseos de reunirse de nuevo con Carmen, con la muchacha buena y resignada, tan femenina y tan dulce, cuyo perdón estaba seguro de obtener.

XVII

La sorprendió que Enrique Mendoza saliera a abrirle.

¿No era evidente que cuando Enrique Mendoza estaba allí, era porque le asistía algún derecho?

También Enrique estaba asombrado. No esperaba recibir la visita de Herrero. Ni siquiera se acordaba ya de él.

—Buenos días—murmuró el visitante, sintiéndose en el plano de inferioridad de quien va a pedir un favor.

—Buenos días, Herrero—repuso Enrique Mendoza sobreponiéndose a su asombro—. Pase usted.

Entró Herrero.

—Venía buscando a Carmen. Me han dicho que vive por aquí.

—Sí, vive aquí—repuso Enrique con naturalidad—. Vive conmigo. ¿Quiere usted verla?

—Sólo deseo saludarla.

—Haga el favor de esperar un momento. Voy a llamarla.

Herrero estaba confundido.

Aquel "vive conmigo" se le había clavado en la mente y allí le martilleaba con insistencia desesperante.

"Vive conmigo". Pero ¿querría Carmen seguir viviendo con él cuando hubiera visto a su antiguo amante y protector? Esta pregunta fué como un rayo de esperanza en el sombrío corazón de Herrero.

En la escalera, Enrique se tropezó con Carmen, a la que iba llamando.

—Aquí está Herrero que te quiere ver—dijo con admirable naturalidad, como si estuviera completamente seguro de que aquella visita

no había de producirle el menor trastorno.

Y con la misma naturalidad exclamó Carmencita al ver a Herrero:

—¡Hola!

Se estrecharon la mano.

Hubo una pausa embarazosa para Herrero, que no sabía qué decir.

Por fin preguntó:

—¿Dónde trabajas ahora?

—En ninguna parte. No trabajo ya.

—¿Has dejado el teatro?

—Lo he dejado todo.

Herrero dirigió a Enrique una mirada rencorosa.

—Por fin se ha salido usted con la suya.

—Cada uno tiene su modo de pensar.

—No, perdone. A veces, y ésta es una de ellas, no vale el modo de pensar de nadie. O se obra bien o se comete un error. Y usted lo ha cometido cortando el porvenir de una mujer, cuando ya estaba cerca de la cumbre.

—¿La cumbre? — replicó Carmencita—. ¿Qué me importa eso? Me encuentro muy bien así.

—Pero... ¿y la gloria?

Carmen se echó a reír.

—¿La gloria? ¿Crees que no la tengo?

—¿Qué dices?

—Que tengo mi gloria. Mira.

Y señalaba a la puerta, donde en aquel momento se habían oído unos pasitos menudos, vacilantes y apenas perceptibles.

Por fin apareció en el umbral el que producía aquel ruido tan leve.

Era un niño que aun no había cumplido los dos años y que todavía no andaba con seguridad.

Carmen lo cogió en brazos, le cubrió el rostro de besos.

—Esta es mi gloria. ¿Crees que puede haber otra mejor?

Desde este momento, Herrero se dio cuenta de que no tenía nada que hacer en aquella casa.

Intentó continuar la conversación, pero no pudo. No acertaba a coordinar dos palabras. No se le ocurrían más que banalidades.

Cada vez más azorado, tendió la mano a Carmencita.

—Adiós.

—Adiós.

De Enrique ni se despidió siquiera.

EL HOMBRE QUE SE REIA DEL AMOR

Salió a la calle. Nunca había sentido una desolación tan profunda, una amargura tan honda.

Solo... solo...

Miró a un lado y a otro sin ver

nada. Echó a andar calle abajo... Tropezaba con la gente. No veía. En sus ojos y en su corazón se había hecho la sombra, una sombra densa e impenetrable...

FIN

EXCLUSIVA DE VENTA PAPA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas, y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbrá, 16. - Madrid: Evaristo San Miguel, 11

COLECCION USTED

los lujosos libros de las Ediciones Especiales

de

La Novela Semanal Cinematográfica

AL APARECER ESTA NUEVA EDICIÓN HAN SIDO PUBLICADOS LOS NÚMEROS SIGUIENTES:

La viuda alegre	La melancolía del amor.	La princesa se enamora.	¡Hoye three ammos!
El gran desafío.	Crístina, la holandesa.	Amoroso de amor.	Para alcanzar la luna.
Miguel Strogoff o el	¡Vive Madrid! que es	El gran desafío (edición	El hombre que asesinó
Corro del zar.	un pueblo!	popular).	¡Miguel!
La princesa que supo	Sombras blancas.	De Barry, mujer de	La cruz.
amar.	Los copas anfitrón.	suación.	El príncipe.
El coche número 11.	Los cuartos.	La viuda alegre (edición	Mulata de mar.
Sin familia.	¡García!	popular).	Amor de medianoche
Mare Nostrum.	El conde de Montecristo.	Ángeles del infierno.	Miguel Strogoff o el
Nació, el hombre que se	La mujer negra.	Cuerpo y alma.	Corro del zar (edición
vendía.	Vigilantes misterios.	El impostor.	popular).
Cobra.	El pecado de Tahiti.	Enano a medias.	La hermana San Sulpicio.
El fin de Montecristo.	Amorales dichosos.	Esclavos de la moda.	El demonio y la carne
Vida bohemia.	La semilla del mal.	Perit Café.	(edición popular).
Kiss.	Reo en el cielo.	Hay que sacar al prin-	La dama misteriosa.
¡Adiós, juventud!	Esperemos.	cine.	Los clavos de la Virgen.
El judío errante.	Evangelina.	Inspiración.	Perejo de baile.
La mujer desnuda.	Oraciones salvajes.	El proceso de Mary	Alma libre.
La tía Ramona.	El caballero.	Durga.	Al Canone (Pánico en
Casanova.	Amoroso.	En cada puerta un amor.	Chicago).
Huelga imperial.	La máscara del diablo.	Morricone.	Mi último amor.
Don Juan, el bagador	El pan nuestro de cada	¡Comencemos a reír!	Muchachos de uniforme.
de Sevilla.	día.	El millón.	Muerto y mujer.
Noche mágica.	Vicio hidalguía.	La mujer X.	Mata-Hari.
El séptimo cielo.	Doce años.	Gente alegre.	Concorria (fuera de se-
Sean Genta.	Teatros.	Mar de fondo.	ric).
Los enredos del juego.	La pasión.	La llama sagrada.	Catolicos.
La martirio de oro.	El beso.	La fruta amarilla.	Érase una vez un vala.
Ben-Hur.	Ella se va a la guerra.	La ley del jardín.	Hombres en mi vida.
El demonio y la carne.	Los hijos de nátil.	Vidas truncadas.	Rebela.
La castellana del Líbano.	El pececito de mar.	La fiera del mar.	Indescribible.
La tierra de todos.	Como Isabel de Cuna.	Tobi.	Tarzan de los cromos.
Trinidad.	Los dos huérfanos.	El vestido azul.	El interior del templo.
El rey de reyes.	La canción de la estopa.	Papa piernas largas.	La vuelta al mundo por
La ciudad castigada.	El precio de un beso.	Tiender Hara.	Douglas Fairbanks.
Sangre y arena.	La caposida del recuerdo.	Un vampiro en la corte	Chica linda.
Apolonia triunfante.	Delirios.	del rey Arturo.	Marion casados.
El sargento Malarata.	Del mismo barro.	El código penal.	Chamo (El campestre).
El capitán Sorell.	Estrellados.	La pura verdad.	La sarda del lago.
El jardín del eden.	Cuatro de infantería.	Maternidad o el derecho	Los amores de José Mo-
La princesa mártir.	Olimpia.	la vida (fuera de se-	rice).
Romana.	Monseñor San-Gén.	ric).	Carbon (La tragedia de
Dos amantes.	Sombras de gloria.	Carbon (La tragedia de	la mina).
El pelotero estudiante.	Mercha.	Estudioso.	Estudioso.
Ana Karene.	Ladón de amor.	Los perjurios de Skiny.	¡Qué violación!
El destino de la carne.	Molly (la gran parada).	El valiente.	El camino de la vida.
La mujer divina.	El valiente.	Nachos de Viana.	Mamá.
Alan.	¡De frente, marchen!	Eran truco.	Cheri-Bibi.
Cuatro hilos.	Pien.	Séaseis otra vez.	Camantes de lujo.
El extraviado de Venecia.	El prestid.	Los hijos de la calle.	La divorciada.
El ómnibus de la calle.	Romero.	Madame Satia.	¡Cuándo te casarás?
La última abra.	El gran charro.	¡Cuándo te casarás?	Marioneta.
El escorpión.	Tempestad.	El carnet amarilla.	Honoraria a su madre.
Amantes.	El día del mar.	Su última noche.	Los amigos chicos de
Martin Bunge.	Anna Christie.	La divorciada.	Vena.
La ballarina de la Ope-	Sevilla de mis amores.	Madame Satia.	Malvada.
ra.	¡Vigilantes misterios!	¡Cuándo te casarás?	El repente del amor.
Ben Ali.	¡Vigilantes misterios!	Marioneta.	Deliciosa.
Los cuatro diablos.	La incorregible.	El carnet amarilla.	Ciclo cobard.
¡Eje, papas, del!	El malo.	Honoraria a su madre.	Amargo solilo.
Volter, Volga.	El niño rept.	Su última noche.	
La estándar patética.	En los techos de París.	Los amigos chicos de	
Un cierto muchacho.	Wu-bichang.	Vena.	
¡Nostalgia!	Montercaro.	¡Vive la libertad!	
La ruta de Singapur.	Camino del infierno.	Malvada.	
La actriz.	¡Mía querida!	El repente del amor.	
Mister Wu.	¡Adiós!	Deliciosa.	
Resaca.	La mujer que amamos.	Ciclo cobard.	
El desamort.	Al compás de 2/4.	Amargo solilo.	
Las tres pañuelos.			

Que han constituido otros tantos éxitos para esta colección, considerada e Biblioteca más amena, selecta e interesante.

Próximo número:

¡Acontecimiento!

S U S A N L E N O X

por la incomparable GRETA GARBO y
Clark Gable.

Recuerde usted este título:

MERCADO DE MUJERES

¡Hágase reservar sus pedidos desde ahora mismo!

¡Siempre lo mejor!

¡NO SE DEJE USTED SORPRENDER!

EXIJA SIEMPRE

EDICIONES BISTAGNE

Paseje de la Paz, 10 bis - BARCELONA

Coleccione usted los nuevos
aciertos de
Ediciones BISTAGNE

EXITOS CINEMATOGRAFICOS

NÚMEROS PUBLICADOS:

LA LOTERIA DEL DIABLO, por Elsa
Landi, Victor Mac Laglen, etc.
LA CONDESA DE MONTECRISTO,
por Brigitte Helm.
AMOR PROHIBIDO, por Adolphe
Menjou y Barbara Stanwyck.
UNA MUJER DE MALA FAMA, por
Mady Christians, Hans Stowe, etc.
UNA NOCHE EN EL PARAISO, por
Amy Odra.
JAQUE AL REY, por Emile Chautard,
Pauline Geron.
PARIS-MEDITERRANEO (Dos en un
coche), por Annabella y Jean Murat.
PAPA POR AFICION, por Warner
Baxter y Marian Nixon.
BAJO EL CIELO DE CUBA, por Law-
rence Tibbet, Lope Vélaz, etc.
LA CHICA DEL GUARDARROPA,
por Sally Eilers, Ben Lyon, etc.
EL HACHA JUSTICIERA, por Edward
G. Robinson, Loretta Young, etc.
CON EL FRAC DE OTRO, por Wil-
liam Haines y Dorothy Jordan.
CONDENADO, por Ronald Colman.
MONSIEUR, MADAME Y BIRI, por
Mary Glory y René Lefebvre.
ILUSION JUVENIL, por Marian Marsh
Arla Page, etc.
EL DORADO OESTE, por George
O'Brien.
ENTRE DOS FUEGOS, por Joan
Bennett y Ben Lyon.
LA REINA KELLY, por Gloria Swan-
son, Walter Byron y Seena Owen.
SU GRAN SACRIFICIO, por Richard
Dartnemo, Mae Marsh, etc.
TRAS LA MÁSCARA, por Jack Holt,
Boris Karloff, etc.
TRES RUBIAS, por Ina Claire, Madge
Evans, Joan Blondell, etc.

Lujosa presentación. 8 interesan-
tes fotografías en papel couché.

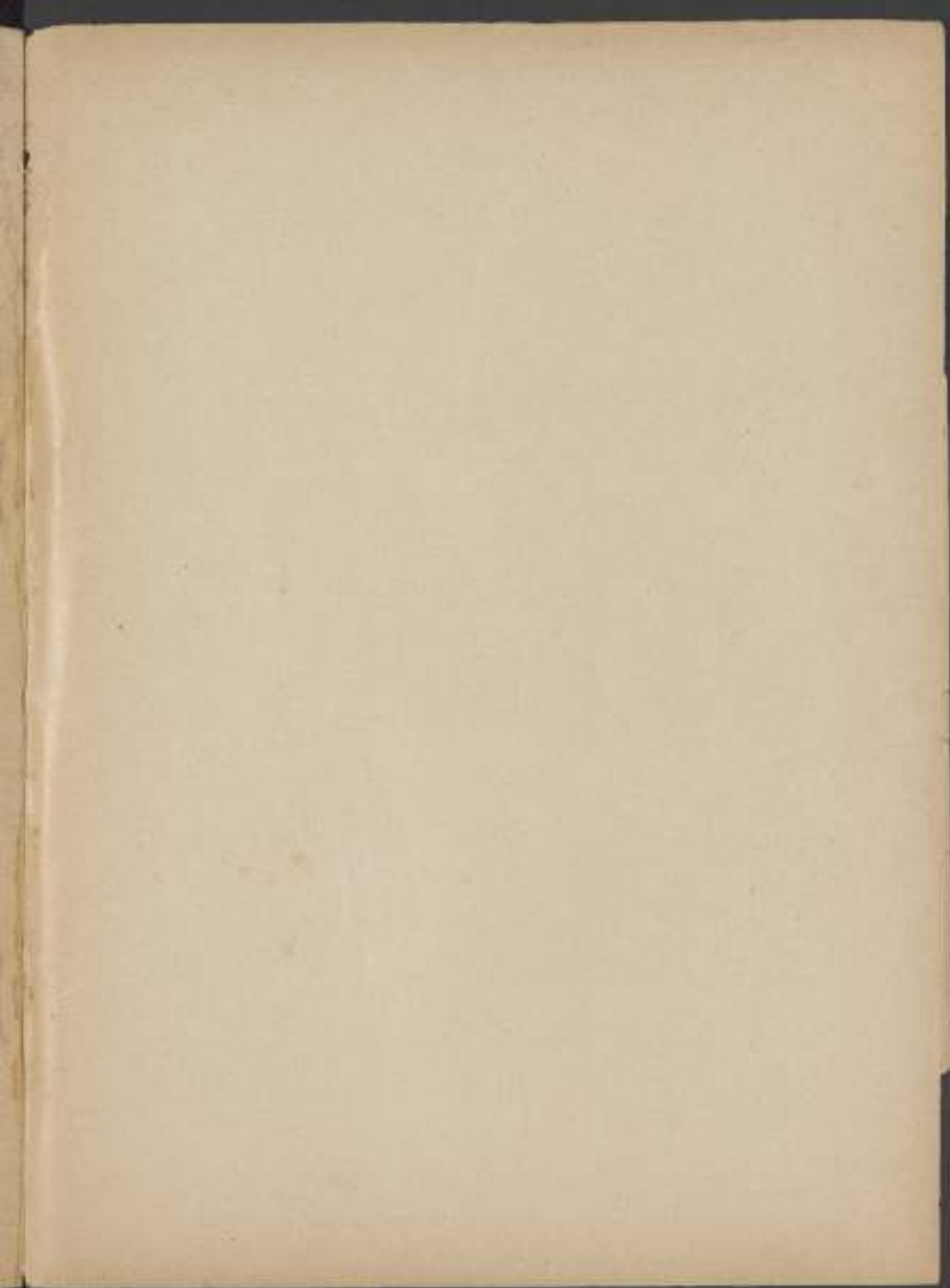
Precio: 50 céntimos

LOS MEJORES FILMS

NÚMEROS PUBLICADOS:

CHANDU (Fanteaisa oriental), por Ed-
mund Lowe e Irene Ware.
EL DINERO TIENE ALAS, por Will
Rogers, Dorothy Jordan, etc.
NO QUIERO SABER QUIÉN ERES,
por Liane Haid y Gustav Froehlich.
LA MUJER PINTADA, por Peggy
Shannon y Spencer Tracy.
¡ALÓ, PARÍS!, por Josette Day y
Wolfgang Klein.
PÁJAROS DE NOCHE, por Amy On-
dra, Ivan Petrovich, etc.
LA BAILARINA SANS-SOUCI, por
Lil Dagover, Otto Gebühr, etc.
UNA AVENTURA AMOROSA, por
Mary Glory, Albert Préjean, etc.
DE PURA SANGRE, por Clark Gable,
Madge Evans, etc.
EL BESO REDENTOR, por Charles
Farrell, Joan Bennett, etc.
RAFFLES, por Ronald Colman, Kay
Francis, David Torrence, etc.
ADMISNOS DE PASION, por Jean Har-
low y Walter Byron.

Immejorable presentación. 8 inte-
resantes fotografías en papel
couché. Precio: 50 céntimos



300-

E. B.

Precio: Una peseta